RADICALITZEM *la vida*

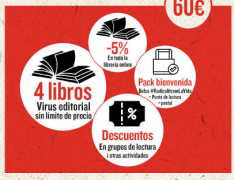
La majoria de llibres de Virus editorial es troben sota llicències lliures i per la seva lliure descàrrega. Però els projectes autogestionaris i alternatius, com Virus editorial, necessiten un important suport econòmic. En la mesura que oferim bona part del nostre treball pel comú, creiem important crear també formes de col·laboració en la sostenibilitat del projecte. Subscriu-t'hi!!

La mayoría de libros de Virus editorial se encuentran bajo licencias libres y para su libre descarga. Pero los proyectos autogestionarios y alternativos, como Virus editorial, necesitan de un importante apoyo económico. En la medida en que ofrecemos buena parte de nuestro trabajo para lo común, creemos importante crear también formas de colaboración en la sostenibilidad del proyecto. ¡Subscríbete!

Satèl·lit
sense quota

Càpsida

Replicant



https://www.viruseditorial.net/es/editorial/socios

Enric Luján

Drones

Sombras de la guerra contra el terror

VIRUS

LICENCIA CREATIVE COMMONS
AUTORÍA - NO DERIVADOS -
NO COMERCIAL 1.0

Esta licencia permite copiar, distribuir, exhibir e interpretar este texto, siempre y cuando se cumplan las siguientes condiciones:

Autoría-atribución: se deberá respetar la autoría del texto y de su traducción. Siempre habrá de constar la autoría del texto y/o la traducción.

No comercial: no se puede utilizar este trabajo con fines comerciales.

No derivados: no se puede alterar, transformar, modificar o reconstruir este texto.

Los términos de esta licencia deberán constar de una manera clara para cualquier uso o distribución del texto. Estas condiciones sólo se podrán alterar con el permiso expreso del autor o la autora.

Este libro tiene una licencia Creative Commons Attribution-NoDerivs-NonCommercial. Para consultar las condiciones de esta licencia se puede visitar: http://creativecommons.org/licenses/by-nd-nc/1.0/ o enviar una carta a Creative Commons, 559 Nathan Abbot Way, Stanford, California 94305, EEUU.

© 2015 del texto, Enric Luján

© 2015 de la presente edición, Virus editorial

Título: Drones. Sombras de la guerra contra el terror

Diseño de colección: Pilar Sánchez Molina y Silvio García-Aguirre
Diseño de cubierta: Silvio García-Aguirre

Maquetación: Virus editorial
Edición y corrección: Paula Monteiro

Primera edición: octubre de 2015

ISBN: 978-8492559-63-3
Depósito legal: B-19871-2015

Lallevir SL / VIRUS editorial
C/ Junta de Comerç, 18 baixos,
08001 Barcelona
Tel. / Fax: 934 413 814
editorial@viruseditorial.net
www.viruseditorial.net

Índice

9 Prólogo
15 Anatomía del dron
35 El dron como sombra y fetiche
65 Rematerializar la guerra virtual
87 La guerra cortocircuitada
105 Violencia desde la cámara oscura
133 La guerra contra el terror que viene
157 En nuestro presente contrainsurgente

Siempre noto que se abre en mi interior como una boca insondable que bosteza, como un abismo (en lo que a mí se refiere bostezar *es la correcta descripción), cuando la gente me dice que hay que hacer algo por «el teatro». […] hablar de ayudar «al teatro» me suena como si me hablaran de ayudar a la máquina de escribir o a la máquina de imprimir. A mi corto entender, creo que todo depende de lo que salga de esas máquinas.*

Gilbert Keith Chesterton

A la lectora invisible

Prólogo

El dron es a primera vista un aparato metálico pequeño (por lo general mide 1,50 m y pesa menos de cinco kilos), de alta tecnología, creado para surcar los cielos sin tripulación… Está en todas partes, se compra fácilmente; que cada cual se imagine estrafalariamente un uso: rodar una película erótica desde lo alto, vigilar a los animales del zoo, proteger de los grafitis edificios emblemáticos, filmar una ciudad para usar su bonita imagen en la campaña publicitaria de un partido, supervisar las obras de construcción de un puente, hacerse un *selfie*… y, por supuesto, cuando ya no es tan pequeño —cuando mide entre diez y doce metros—, atacar al enemigo de manera invisible. ¿Pero qué es exactamente un dron? ¿El último artilugio de moda para divertirse? ¿El área donde la economía está encontrando el siguiente nicho de innovación para reanimarse? ¿El engendro que, en su anonimato e invisibilidad, nos fuerza a actualizar los marcos

jurídicos establecidos? ¿La última generación de armas? Aparentemente, el dron no es más que un juguete muy sofisticado, el último *gadget* de la serie junto al iPad, el *smartphone*, la impresión en 3D y demás. Un aparato empleado de forma abrumadora por las fuerzas armadas. Pronto nos traerá la pizza a casa, nos limpiará los cristales de las ventanas, espiará al marido infiel… Y se encargará tanto de las grandes maniobras militares como de los objetivos puntuales y muy específicos de la «guerra contra el terror».

El presente libro considera el dron como un enigma por desentrañar. Consiste mucho más que en un mero robot con alas, radares, cámaras y misiles teledirigidos. Hay que ir más allá de la comprensión de su función de entretenimiento, y también mucho más allá de lo que significa en tanto que utensilio de reconocimiento, vigilancia y destrucción quirúrgica. Analizarlo y criticarlo es dirigirse, con la mirada micrológica, a la célula más pequeña de las formas contemporáneas de control y dominio en que vivimos. Igual que Marx se aproximó a la mercancía —la unidad mínima del sistema de producción capitalista— para desvelar el fetichismo que le era intrínseco, aquí se trata de ver el carácter, también de fetiche, que la figura misteriosa de un dron surcando los cielos encarna. A juicio de Enric Luján, hay que tomar el dron como un conjunto de relaciones sociales

conducidas bajo la forma de la «guerra invisible» de las campañas contrainsurgentes en el Tercer Mundo y en el seno de los mecanismos actuales de violencia sistemática. Así, el autor decide ignorar los debates que se empeñan en diferenciar entre los rasgos buenos y los malos del dron, o que aspiran a discernir gradaciones de utilidad o aceptabilidad de usos. Y critica fuertemente las interpretaciones que lo señalan como «mal menor», una herramienta válida y eficaz cuando es usada humanitariamente, es decir, cuando se intenta aislar el objetivo puramente militar de los daños colaterales. Tampoco vale dejarse seducir por las voces que se limitan a señalar aquello que lo hace fascinante a la vez que terrorífico. Para Luján, lo de menos es que el dron que realiza una inspección arqueológica comparta la misma forma que el dron norteamericano que mató en la primavera de 2015 al jefe de Al-Qaeda. El dron es ante todo la pieza más pequeña de la guerra imperialista, la cual debe ser comprendida y criticada en bloque.

Los que atribuyen al dron calificativos teológicos aciertan parcialmente en la diagnosis, pues están reconociendo implícitamente su carácter de fetiche. El dron sobrevuela sigilosamente, como un ojo divino, un territorio; su ser, sin embargo, representa todo un mundo suprasensible de relaciones sociales de exclusión, control y dominación. El dron tiene historia, y aunque de momento está

algo limitado en cuanto a la velocidad y la falta de contexto visual de su sistema de captación de imágenes, el futuro que se avecina apunta a un perfeccionamiento de su precisión y a una automatización total —es decir que sus operaciones serán llevadas a cabo de manera autónoma, sin ningún centro de mando directo, bajo el comando de algoritmos—. Ya sabemos que, hoy en día, en bolsa, los intercambios son realizados mayoritariamente por programas de ordenador diseñados para el comercio ultrarrápido de acciones. Y también, como nos recuerda David Harvey, que hoy, en la economía, el dinero ya no está representado por metales escasos, sino por números, de tal forma que puede crearse y acumularse como por magia, sin ningún límite técnico, ajeno a la fijación y representación del valor como trabajo social.

Entraremos así en un fetichismo redoblado, por el que ya no solamente desaparecerá el piloto, sino también el ejecutor. El mundo del dron venidero es el de la radical separación geográfica, el del anonimato calculador y gélido. Fredric Jameson dice que en el capitalismo contemporáneo la verdad de una situación dada no se produce en las coordenadas espacio-temporales del cuerpo perceptor y sensible de quien se ve afectado, sino en otro lugar remoto del planeta (por ejemplo, Wall Street o Frankfurt). En el plano militar, el dron logra esta disyunción experiencial estableciendo jerarquías en el aire:

cuanto más espacio aéreo se controla, tanto más se sube en la escala de dominio. E, igual que en bolsa se altera la concepción del tiempo cuando sus movimientos se producen en cuestión de microsegundos y sin más límite que el de la velocidad de la luz, en el universo del dron se modifica la temporalidad de la violencia, que se convierte ya sin remedio, bajo los efectos de ataques potenciales en cualquier momento y en cualquier lugar, en la guerra permanente.

La crítica del dron también debe señalar con el dedo los centros neurálgicos del poder militar. En este sentido, el libro nos adentra en la vida cotidiana de la base aérea de Creech,[1] en Nevada, donde se diseñan los «juegos de guerra» —casi indiscernibles de los inventados por la industria de entretenimiento— encargados de las matanzas sistemáticas y reales de los potenciales enemigos. Los «pilotos» aquí entrenados se sientan en cubículos y miran con atención pantallas capaces de proporcionar infinitos más detalles que un monitor convencional, desplegando ante sus ojos imágenes hiperreales. La terminología que desde arriba identifica a estos individuos ya no habla de soldados en la «guerra contra el terror», sino de operarios expertos en *surgical strikes*,

1. http://www.creech.af.mil

«ataques quirúrgicos» programados y limpios, sin errores —moralmente aceptables por inocuos—. Sin embargo, los padecimientos que sufren —los efectos del llamado «trastorno por estrés postraumático»— dan testimonio de daños colaterales bien palpables en este universo de drones etéreos y virtuales.

Analizar y criticar el dron es investigar los modos en que hoy seguimos bajo las coordenadas del imperialismo en la actual «guerra global contra el terror». No cabe ignorar que las arremetidas en nombre del contraterrorismo pueden volverse contra nosotros en una deriva militarizada y, como por un efecto bumerán, podemos convertirnos en objetivos militares en vez de en sujetos de derecho… En este sentido puede interpretarse el uso de aviones espía en las manifestaciones de protesta en Baltimore durante el mes de mayo de 2015.[2] Hoy es, por tanto, un deber investigar este objeto que se muestra ocultándose en las sombras.

Sonia Arribas
Doctora en Ciencias Políticas

---

2. «FBI spy planes used in police-military operation against Baltimore protests», WSWS, 7 de mayo de 2015.

Anatomía del dron

Mientras que los aviones de combate son a la vez elegantes y musculosos, estas aeronaves recuerdan a esqueletos. Golpeo su costillar y escucho el eco del interior. Es difícil entender cómo éste es el avión que está revolucionando el campo de batalla. Posado sobre un fino tren de aterrizaje, parece antes una versión demasiado grande de los aviones que construyen los niños que un peligroso artefacto, de filo letal, usado por los militares.

Brian Mockenhaupt[1]

El sentimiento de incredulidad generado por este encuentro es el mismo que todo el mundo suele tener al enfrentarse con la extraña figura del dron. De superficie lisa, finas alas y carente de una cabina de pilotaje, sorprende que el endeble cuerpo

1. B. Mockenhaupt: «We've seen the future, and it's unmanned», 2009.

de estos aparatos se haya convertido tan rápidamente en lo que Leon Panetta (director de la Agencia Central de Inteligencia americana entre 2009 y 2011) describiera como *the only game in town* («la única alternativa») para afrontar con seguridad las modernas campañas contrainsurgentes de Estados Unidos. Sus palabras corroboran que cada tipo de «armamento» alimenta un determinado concepto de guerra —en este caso, la «guerra global contra el terror»—, de igual modo que cada idea de conflicto da a sus inquietudes filosóficas forma de armas concretas.

La doctrina operacional de las denominadas «guerras de cuarta generación» se esculpe mediante drones. Se entiende por «guerras de cuarta generación» —o «guerras asimétricas»— aquellas formas de conflicto que no siguen los marcos tradicionales del combate —enfrentamientos entre ejércitos regulares desplegados a lo largo de un campo de batalla abierto—, sino que se basan en la disputa entre tropas regulares altamente tecnologizadas en oposición a determinadas fuerzas no estatales —guerrillas, insurgencia, bandas criminales...—, las cuales adoptan unos métodos de lucha aparentemente desorganizados que les proporcionan una alta capacidad de resiliencia, por lo general en terreno urbano (más concretamente, en las angosturas de las urbes superpobladas de la periferia global).

El dron es la consciencia viva del militarismo contemporáneo, su particular *weltgeist* («espíritu del mundo»): si las guerras del nuevo milenio se estructuran crecientemente en torno a su poder letal, es porque el dron encarna, a la vez que dispone, la noción moderna de guerra. El proceso mediante el cual las lógicas de la violencia imperial han quedado subordinadas a las capacidades de un solo artefacto también puede ser descrito como la «dronificación» de los esquemas que tradicionalmente habían ordenado la guerra. Así, el dron *es* guerra porque la guerra se interpreta ahora a través del prisma establecido por el dron. Los nombres otorgados a los dos modelos predominantes refuerzan desde lo discursivo esta profunda asociación de los drones con la violencia de Estado: *Predator* («depredador») y *Reaper* («segadora», pese a que su pronunciación suena extrañamente similar a *ripper*, «destripador»). Ninguna de las agresiones militares llevadas a cabo en la historia reciente de la «guerra global contra el terror» puede ser entendida en su totalidad sin indagar a su vez en la naturaleza del dispositivo prototípico de la contrainsurgencia contemporánea. A cualquier intento por comprender la gramática de la guerra moderna debe corresponder cierto grado de consciencia acerca de este espectral instrumento.

> *Comprender cómo funciona cualquiera de los aparatos que nos rodean conlleva un incremento de potencia inmediato, permitiéndonos actuar sobre aquello que en consecuencia no se nos aparece ya como medio ambiente, sino como mundo agenciado de una cierta manera y sobre el cual podemos intervenir.*[2]

Antes de penetrar, empero, en su uso por parte de las fuerzas armadas, interesa señalar algunas notas acerca de la «cultura dron» en el seno de la cual se desempeñan. Sirvan éstas para fijar un punto de partida material al concepto mismo de *dron*, algo imprescindible dado que el término suele inducir demasiado frecuentemente a confusiones desafortunadas. Lo que en el imaginario popular se conoce como *drones* —un tipo de abeja que emite un zumbido similar a las hélices de estos artilugios— recibe profesionalmente el nombre de UAV, *Unmanned Aerial Vehicles* (VANT, «Vehículos Aéreos No Tripulados»). Estos aparatos, que no son más que versiones perfeccionadas de los viejos aviones teledirigidos, se apoyan en la alta definición de sus cámaras y en las modernas tecnologías de las telecomunicaciones para ofrecer una

---

2. Comité Invisible: *A nuestros amigos*, Pepitas de Calabaza, Logroño, 2015.

experiencia de navegación mejorada. Las imágenes captadas se transmiten casi en tiempo real al punto de control, desde el que se pueden modular los comandos de respuesta según el contexto inmediato. Su rápida integración en parcelas aparentemente muy distantes de la vida pública es consecuencia directa del gran abanico de posibilidades de que disponen: fotografía, cartografía civil, control de plagas en la agricultura, apoyo visual para los equipos de rescate en terrenos agrestes, monitorización medioambiental para prevenir y apagar incendios, grabación de abusos policiales... pero también control de accesos, seguimientos policiales, rastreo de matrículas, vigilancia fronteriza, identificación de «amenazas», espionaje y, por supuesto, asesinatos selectivos.

La infinita disparidad de sus funciones revela como superfluo un presumible debate «drones: razones a favor» *versus* «drones: razones en contra», porque el dron no es nada en sí mismo, mientras que los hilos invisibles que secretamente lo manejan, esto es, las relaciones sociales circundantes, lo son todo (de ahí la necesidad de discutir sobre la «cultura dron» en vez de sobre los «drones» a secas). De la misma manera que Karl Marx cuestionó los argumentos que amparaban una supuesta «naturaleza humana» de la esclavitud para justificar la servidumbre de las poblaciones colonizadas, en nuestro caso resulta

imprescindible cuestionar una supuesta «naturaleza maquínica» del dron. Los actuales discursos que advierten un supuesto carácter demoníaco latente en el interior del aparato, en lugar de denunciar a las formaciones sociales que siempre comandan sus acciones criminales, son meras resonancias de los debates entre la supuesta naturaleza esencial o la materialidad de las relaciones sociales y de poder.

Lo curioso de este «luddismo posmoderno» (que focaliza su atención en el artefacto en la misma medida en que descuida su naturaleza y aplicaciones sociales) es que, pese a su aparente radicalismo, se asienta en la más tradicional —e históricamente reaccionaria— de las disciplinas: la metafísica. Haber roto los lazos con el análisis materialista de la historia implica una visión del presente no como una suma de opresiones social e históricamente desarrolladas, sino como una especie de «caída bíblica» sin un origen temporal claramente delimitado, en la que el ser humano anteriormente «digno» ha acabado por doblegarse ante las mieles del progreso tecnológico.

> *Si somos esclavos de la tecnología, es precisamente porque hay todo un conjunto de artefactos de nuestra existencia cotidiana que tenemos por específicamente «técnicos» y que consideramos eternamente*

como simples cajas negras de las cuales seríamos sus inocentes usuarios.[3]

En otras palabras, si no aspiramos a desentrañar el funcionamiento y los usos sociales de la tecnología que nos rodea, el «escape» antiilustrado a la metafísica se constituye como el único horizonte posible. No es casualidad que estas opiniones tecnófobas sean ampliamente compartidas por órdenes religiosas o grupos de extrema derecha nacionalista (el análisis de Martin Heidegger sobre la técnica puede considerarse su «tratado fundacional»), dado que encajan a la perfección con su esquema abstracto basado en «crisis de valores», en vez de cuestionar determinadas relaciones sociales de producción basadas en la explotación.

Los numerosos usos socialmente beneficiosos de los drones no pueden quedar relegados del tejido social porque en la actualidad la maquinaria militar se sirva de aviones no tripulados para llevar a cabo masacres en países del Tercer Mundo o la policía los utilice para identificar a gente en manifestaciones. Este visible «doble filo» del dron, capaz de lo mejor y de lo peor, incide en todo caso en la urgente necesidad de desarrollar unas relaciones sociales que apuesten por someter las potentes

---

3. Comité Invisible, *ob. cit.*

capacidades del aparato a las necesidades de los oprimidos de la historia. Los comentarios de Walter Benjamin al respecto de la Primera Guerra Mundial certifican con un sorprendente lujo de matices la existencia de este «doble filo», que ante todo sigue siendo un «doble filo social»: «la guerra imperialista se define, en lo que tiene de atroz, por el desfase entre la existencia de poderosos medios de producción y el insuficiente uso productivo de los mismos […] en lugar de canalizar los ríos, dirige el flujo humano hacia las trincheras; *en lugar de usar los aviones para sembrar la tierra, esparce bombas incendiarias sobre las ciudades*»[4] (la cursiva es mía).

Por otra parte, es cierto que determinadas prácticas sociales se han visto profundamente afectadas por la irrupción de estas aeronaves, pero este fenómeno no deja de ser testimonio de la relación histórica del ser humano con la técnica: «como humanos, nos adaptamos a los objetos y nuestros mundos cambian a causa de ellos [...] siempre hemos sido "más que humanos" viviendo en un mundo "más que humano"».[5] Dicho de otro modo,

---

4. W. Benjamin: *La obra de arte en su época de reproducción mecánica*, Casimiro, Madrid, 2012.

5. I. G. Shaw: «The Future of Killer Robots: Are We Really Losing Humanity?», 2012.

> *... la relación del hombre con el mundo, considerando que no depende de una adecuación natural, es esencialmente artificial,* técnica. *Cada mundo humano es una cierta configuración de técnicas [...] cada técnica configura un mundo, materializando así una cierta relación con éste, una cierta* forma de vida.[6]

La irrupción de los drones en los conflictos contemporáneos ha saturado visiblemente el imaginario militar, hasta tal punto que la tendencia actual pasa por un cambio en la administración de la violencia ejercida por el Estado (en el caso de Estados Unidos, da lugar a un escenario en el que los despliegues masivos de tropas sean progresivamente sustituidos por numerosos enjambres de Predators y Reapers armados con misiles Hellfire). Plantear, sin embargo, que con la llegada de los drones los individuos han sido expropiados de una humanidad abstracta por el simple hecho de haber traspasado una parte de sus funciones tradicionales a la máquina es obviar que las sociedades humanas siempre fueron históricamente modificadas por la intervención de la tecnología. Transferir algo tan personal como eran, en su momento, las

---

6. Comité Invisible, *ob. cit*.

labores de reproducción de textos de la mano a la imprenta contribuyó desde su contexto a la socialización del conocimiento escrito (lo cual facilitaría el camino a los movimientos revolucionarios de los siglos posteriores), sin que por ello se cuestionara la «humanidad» de los sujetos que hacían uso de ella.

No obstante, la aparición de los drones conlleva naturalmente nuevos dilemas relativos al campo de la ética, en especial en lo concerniente a los drones completamente autónomos, los cuales siguen en fase experimental. Diferenciar ambos tipos es esencial: los actuales modelos siguen siendo efectivamente «pilotados» por un operador (pese a que el proceso se haga de manera remota), esto es, requieren de la comunicación permanente con el centro de control, mientras que a medio plazo se plantea una automatización casi total de algunas de las aeronaves. Así, los algoritmos del dron serían los encargados de decidir si disparar o no contra determinados objetivos —o «amenazas»—, haciendo superflua cualquier orden emitida desde el centro de mando. Un campo de batalla plenamente automatizado, «articulado robóticamente», representa para el mundo militar la promesa de la completa impunidad de sus crímenes, porque la imposibilidad de señalar a un individuo o a un pequeño grupo como responsables directos de las atrocidades solamente puede significar su inevitable repetición.

El dron fascina y aterroriza a partes iguales por la innegable ventaja que confiere a quienes pueden recurrir a su poder de muerte: los convierte, hasta cierto punto, en seres invulnerables. Se trata de un aparato que permite que una de las partes de la pugna se desvanezca del campo de batalla, de manera que acaba por decretar la obsolescencia del riesgo tradicionalmente asociado a la lucha, porque la decisión de combatir deja de estar sometida a los estándares de peligro que semejante empresa pudiera comportar. Al sustituir sus cuerpos por artilugios pilotados desde la distancia, se anula la siempre amenazante posibilidad de una cuchillada inesperada, uno de los terrores arquetípicos del mundo militar. Sin embargo, esto no significa que el peligro desaparezca de la ecuación o que el conflicto pase a una fase de irrealidad aparente, en que las hostilidades se limiten al mundo virtual. No es que el riesgo muera, sino que *se transfiere* a las poblaciones que no tienen acceso a esta tecnología, las cuales quedan expuestas a una amenaza aumentada; los sofisticados sistemas de detección de estas aeronaves incrementan porcentualmente su precariedad existencial, sus cuerpos devienen *más frágiles* por la asombrosa precisión de los estiletes enemigos.

Los drones difunden una idea del mundo basada en la separación geográfica más radical, ordenada mediante capas horizontalmente superpuestas: el

acceso al espacio aéreo es lo que determina la condición final de sometimiento o privilegio. El dominio aeronáutico delimita una zona cercada flotante, desde la que se afirma tanto el dominio del cazador como la fluidez de su violencia. Este espacio —anteriormente material— acaba por devenir virtual por su falta de riesgo manifiesta, que circunscribe la exposición a la guerra a las horas en que los pilotos cumplen con su jornada laboral. El conflicto se limita entonces a las fronteras físicas del monitor que, naturalmente, se apaga tras finalizar el servicio. La relación de los pilotos con la monstruosidad de la guerra solamente puede entonces ser calificada de *esquizofrénica*. Un comandante estadounidense encargado de dirigir un escuadrón de Predators la describe con una sinceridad atroz: «Vas a la guerra durante doce horas, disparas tus armas contra los objetivos, matas a los combatientes enemigos y después vuelves al coche, conduces hacia tu casa y al cabo de veinte minutos ya estás sentado en la mesa del comedor hablando con tus hijos sobre sus deberes».[7] El destierro de lo virtual se compensa sin embargo con una intensificación de la precariedad real en los cuerpos declarados excluidos que permanecen en tierra (que siguen sometidos a un peligro real, a una muerte

---

7. P. W. Singer: «The Robotics Revolution – What it means and what to watch for next», 2012.

insoportablemente *real*). Los impactos de los misiles Hellfire, que en su mayoría se producen contra casas —el lugar de recogimiento por excelencia del ser humano—, recuerdan incesantemente cual de los dos reinos superpuestos ha sido declarado impío a cambio de apartar al otro del dolor corporal.

No obstante, muchas de las teorías, tan en boga en los últimos años, sobre la ciberguerra, la guerra simulacro o incluso la «no-guerra», que a grandes rasgos plantean el fin de las hostilidades materiales a causa de su traspaso al ámbito de lo digital, parecen resonancias conceptuales del famoso «fin de la historia» de Francis Fukuyama, en el que la «era de la violencia» se clausura y aparece ante nosotros un futuro esperanzador, puesto que por fin dejamos de vivir bajo su acecho infernal. Vivimos finalmente en un contexto de paz colectiva, caracterizado por la total ausencia de coacciones o amenazas; en las burlonas palabras de Rosa Luxemburgo: «No se ve que haya reacción ni opresión... todo va a mejor en el mejor de los mundos».[8]

Estas son ideas que, no hace falta decirlo, han sido confeccionadas para y por los centros de poder imperiales, en los que la brutalidad del conflicto ha sido deliberadamente desplazada hacia otras regiones del planeta. Existe una lamentable

---

8. R. Luxemburgo: *Reforma o revolución*, 1899.

confusión ampliamente difundida en Occidente —tanto entre sus defensores armados como entre sus presuntos críticos— según la cual la barbarie castrense pertenece ya al pasado y la guerra moderna no es mucho más que un videojuego en el que las escasas explosiones de violencia se calculan *quirúrgicamente*, algo similar a una orgía de irrealidad que visita nuestras televisiones de forma periódica. Lejos de tratarse de algo meramente accesorio, que los supuestos críticos coincidan con los ejércitos al interpretar el choque bélico como una «ausencia de política»[9] generalizada, que conduce a sus perpetradores a «no saber qué hacer con su función real, con su función de muerte y destrucción»,[10] es adoptar el punto de vista de los opresores, por mucho que en principio no se coincida en las conclusiones finales.

La patética figura de una guerra en apariencia incapacitada —a la que las nuevas tecnologías han desposeído de su poder de muerte— es una proyección ideológica del militarismo que debe ser denunciada como tal. Ni la brutalidad de la pugna pertenece al pasado, ni el escape hacia lo virtual hace que la guerra se desarrolle carente de víctimas: lo que las nuevas tecnologías bélicas posibilitan es simplemente trasladar la violencia

---

9. J. Baudrillard: *La guerra del Golfo no ha tenido lugar*, Anagrama, Barcelona, 2001.

10. *Ibíd.*

castrense lejos de las fronteras del Primer Mundo, expulsarla a la periferia global. No admitir la realidad del conflicto, por muy distante que éste se encuentre, es reproducir desde la supuesta crítica la ideología dominante. Reconocer la humanidad sufriente que, pese a todo, sigue latiendo en el interior de una aparente virtualidad reproducida por pantallas resulta indispensable para llevar a cabo una crítica de la guerra moderna; reconocerse en las poblaciones sometidas a la violencia neocolonial tiene que ser el deber primero de cualquiera que se oponga a la violencia del imperialismo.

En otro orden de cosas, resulta particularmente interesante que la violencia militar en su conjunto, pero en especial la que se ejerce mediante drones armados, comparta también la «doble vertiente» que para Walter Benjamin posee la violencia policial. Por un lado «conserva» efectivamente el derecho en un sentido amplio (mantiene inalterables las pautas de dominio imperial, custodia la *jaula de hierro* del ordenamiento jurídico existente), a la vez que por otro «funda» un nuevo derecho (cada misil Hellfire disparado constituye testimonio y paradigma del discurso político de la guerra contra el terror, que con su virulencia tiende a suprimir los derechos más elementales del individuo, tales como la tutela judicial efectiva o la presunción de inocencia). Los ataques con drones simplifican el proceso, cada arremetida cumple

desde su singularidad la «doble función» constituyente e instituyente del derecho. Es un mecanismo que permite introducir gradualmente los asesinatos selectivos sin control judicial entre las prácticas castrenses corrientes mientras protege el *statu quo* existente. De las ruinas humeantes posteriores a los impactos surge por lo tanto un nuevo derecho que se alza sobre la suspensión del derecho anterior: lo que en otros tiempos se hubiera podido considerar *excepcional* —asesinatos selectivos sin control judicial—, en la actualidad deviene *norma* (en el caso del programa dron de Estados Unidos, institucionalizando los asesinatos a cargo del Estado al disponer de toda una burocracia legal que prepara las listas de objetivos, los clasifica según su nivel de amenaza y, finalmente, los ejecuta).

Sin embargo, la lectura que cabe hacer respecto a la creciente popularidad de los asesinatos con drones no es atribuir las causas de la violencia imperialista a la existencia misma de estos aparatos, sino contemplarlos como una de sus actuales expresiones. El dron es el recipiente que hoy concentra gran parte de las aspiraciones de violencia del militarismo, pero surge como respuesta de la industria bélica a las nuevas demandas de los ejércitos (que solicitan un armamento capaz de ofrecer cobertura efectiva a su actual cultura de la violencia). Su existencia no es la *causa* de la violencia del presente, sino su inevitable *consecuencia*; es

el producto final de determinadas lógicas obsesionadas con seguir perpetrando violencia armada en nombre del Estado tras los fracasos de Afganistán e Iraq. Por mucho que pudiera parecer superfluo recordar que dichos anhelos son *anteriores* al Predator, resulta necesario hacerlo en un contexto completamente *obsesionado* por el dron. Hubo violencia militar antes de que los drones empezaran sus vuelos letales, la hay ahora y, seguramente, la habrá más adelante. El Predator no encarna más que una de sus múltiples formas, es una simple carcasa tecnológica de la barbarie históricamente conocida. Del mismo modo que no se pueden entender los ataques con drones sin enlazarlos con las estrategias contrainsurgentes del presente, *no se pueden impugnar sus masacres sin censurar la totalidad de la violencia imperialista*. Una parte de las campañas contrarias a los drones «resuelve» el problema limitándose a exigir la prohibición de estas armas en un contexto de guerra, lo que resulta igual de ingenuo que pedir la ilegalización de las guerras mismas o, en el peor de los casos, clamar por formas de conflicto anteriores, en las que el factor humano se imponía al elemento tecnológico (evocar brevemente el salvajismo de las trincheras de la Primera Guerra Mundial es suficiente para desmontar en su totalidad los argumentos que defienden el retorno a guerras «más humanas»).

El presente ensayo pretende dar cuenta de las transformaciones sociomilitares que se han ido desarrollando de manera gradual tras la irrupción de los drones armados de tecnología avanzada. Procura ser una herramienta capaz de advertir sobre las formaciones sociales que en la actualidad hacen que la violencia política ejercida por el Estado siga golpeando en forma de brutales asaltos contra los excluidos del mundo. No obstante, como mejor cabe considerarlo es como un foco de resistencia cómplice frente a las incipientes voces favorables a un ambiente de «guerra permanente» naturalizado, objetivo que se inserta en la matriz inicial de la llamada «guerra global contra el terror». La ya mencionada naturaleza constituyente de los ataques persigue con cada impacto, que resuena como los tambores antes de la batalla, la gradual ampliación e intensificación de las lógicas de guerra a todo el planeta. Este proceso se está desplegando rápidamente: no son pocas las policías civiles interesadas en utilizar a corto plazo algunos modelos —no armados— para proporcionar apoyo en tareas de gestión de la vigilancia urbana, mientras que ciertas unidades del Reino Unido y de Estados Unidos cuentan ya con algunos. De igual modo, asistimos a la progresiva «dronificación» de los puestos fronterizos: drones tipo Predator patrullan desde hace un año la frontera de Estados Unidos y México; el PSOE propuso en

noviembre de 2013 implantar una «frontera inteligente» en Melilla —tras la alarma social generada por las cuchillas—, que requeriría —aparte de los consabidos drones— una red de apoyo compuesta por «radares estratégicos, sensores de movimiento y alarmas acústicas y lumínicas»,[11] tecnologías a las que acompañaría un aumento del número de agentes destinados en la frontera.

Ante este fatal «efecto bumerán» de los drones, que regresan lentamente del fragor de la batalla para empezar a sobrevolar las sociedades civiles europeas, nos corresponde anticipar el peligro que se cierne sobre nosotros: contemplamos la progresiva disolución de los límites entre lo que en otros tiempos habríamos separado entre «zonas de paz» y «zonas de guerra» con base en la instauración de un imaginario social hegemónico que alimenta la guerra permanente al ritmo que proporciona cobertura a sus horrores. Hoy, «la paz *es* la continuación de la guerra por otros medios»[12] (la cursiva es mía). Seguir considerando esta amenaza como algo ajeno, cuando su aliento de muerte se percibe de forma cada vez más cercana, es no darse

---

11. «El PSOE propone "drones" en la frontera como alternativa a las cuchillas de Melilla», *El País*, 29 de noviembre de 2013.

12. G. Anders: *Filosofía de la situación*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2007.

cuenta de la paulatina naturalización de las lógicas contrainsurgentes en el seno de las propias sociedades europeas, su expansión a escala global. Nos corresponde obrar en consecuencia, antes de que la famosa consigna «todos somos palestinos» —o iraquíes, egipcios, sirios...— se acabe convirtiendo finalmente en realidad, pero lo haga *en clave negativa*.

El dron como sombra y fetiche

[Los drones] son un avatar demasiado fácil en el que depositar todas nuestras ansiedades tecnológicas [...]. Quizás es demasiado pronto para saber qué significan los drones, cuáles son sus aspectos considerados inmorales o no éticos. Incluso su forma es siniestra: el morro desafilado y uniforme, como si se tratara de una criatura ciega que ha evolucionado en la oscuridad.[1]

Matthew Power

Naturalmente, si el dron no resultara ser más que un conjunto armado de cables y sistemas de detección de movimiento recubiertos por una fina capa metálica, su análisis se podría dar ya por concluido.

1. M. Power: «Confessions of a Drone Warrior», 2013.

Su funcionamiento técnico no guarda particularidad alguna, los componentes de su interior no poseen una condición especial que los diferencie de manera sustancial de otros artefactos de su mismo momento histórico. En tanto que avance tecnológico, su singularidad se limitaría al ensamblaje conjunto de las modernas tecnologías de captación de imágenes con las de geolocalización y transmisión de datos, puesto que como artilugios pilotados remotamente no suponen, en ningún sentido, una innovación notable (por mucho que tengan la capacidad de volar o de disparar determinadas cargas). De hecho, el uso de drones como herramienta de combate se remonta a la guerra de Vietnam, en la que desempeñaron tareas de reconocimiento aéreo para el ejército de Estados Unidos.

Así que, *¿por qué el dron?* ¿A razón de qué nos encontramos actualmente hostigados por su fantasmática figura? Y, más importante, ¿por qué se ha convertido en la llave de la estrategia contrainsurgente del siglo XXI? Son interrogantes que deben ser afrontados en cualquier estudio que pretenda exponer los sigilosos mecanismos societales que modelan el imaginario militarista contemporáneo. Éstos son los que sustentan la maquinaria castrense histórica, amparan su violencia y a la postre acaban *tallando sus armas*. De ahí que la importancia del análisis recaiga en su secreta disposición y no en los aparatos como tales. Situar

la violencia ejercida por los drones en el marco de un poder imperial beligerante es la mejor forma de penetrar en sus procedimientos radicales de exclusión; trazar una genealogía de su violencia remite inevitablemente a las construcciones sociales que racionalizan su funcionamiento. Eyal Weizman, un autor conocido por sus estudios sobre las tácticas seguidas por Israel para ordenar su ocupación militar sobre territorio palestino, utiliza el concepto «arquitectura» en un sentido doble para referirse a este tipo de operaciones: «La arquitectura [por un lado] de las estructuras que sustentan la ocupación y la complicidad de los arquitectos en su diseño», pero, por otro, como un «modo conceptual para entender las cuestiones políticas como realidades construidas [...] las formas en que se conciben, entienden, organizan y operan».[2]

La aproximación que pretende este ensayo pasa precisamente por reconocer la disposición de fuerzas que se plantea en la segunda acepción, esto es, las categorías arquitectónicas que esculpen, sistematizan y regulan la violencia ejercida mediante drones en el contexto de la «guerra global contra el terror», de modo que su horror real quede finalmente al descubierto. Tratar de *ver más allá* de los escombros carbonizados e interpretar el

---

2. E. Weizman: *Hollow Land. Israel's Architecture of Occupation*, Verso, Londres, 2007.

contenido implícito que cada misil esconde son tareas que se encomiendan a la crítica social. Sin comprender el funcionamiento de los engranajes invisibles del artilugio —las lógicas sociales que moldean su proceder—, se incurre en el riesgo de caer en apreciaciones de corte superficial —que se confinan al armazón exterior, a la simple apariencia del aparato— o incluso de compartir inconscientemente el discurso del militarismo.

La transgresión de las fronteras de lo real se convierte por tanto en una necesidad cuando lo meramente sensible entorpece hasta tal punto la formulación de un análisis certero del fenómeno. Seguir la pista de lo que, a todas luces, es una sombra acechante requiere indudablemente esfuerzos adicionales en la labor de la apercepción. Los episodios de violencia real causados por los drones solamente pueden vincularse con lo que se nos presenta como una «guerra invisible» sin método ni sustancia con la exposición de los resortes sociales que en última instancia la practican. Desvelar los lazos de esta secreta alianza es apuntar hacia una idea material de guerra en un contexto que solamente la ha querido difundir desde su vertiente virtual. Ante la realidad de la violencia ejercida con drones, contemplar los ataques como un anodino «choque de fuerzas» abstracto entre la aeronave y determinados objetivos contribuye a desidentificar a sus actores reales, a saber, «el

equipo de técnicos que opera el dron en tanto que representantes del imperio americano, y los cuerpos desnudos, vigilados y sacrificados en el suelo de un Pakistán neocolonial».[3] Cualquier tipo de violencia, por mucho que sea intercedida por las más avanzadas tecnologías, es en primer lugar una *relación social entre personas*, aunque pretenda adoptar «la forma fantasmagórica de una relación entre cosas»[4] para mantener ocultas las formaciones sociales que realmente la perpetran.

Observemos ahora la más radical apuesta por emancipar las formas de violencia de las relaciones sociales que inevitablemente las custodian: la opinión del mundo militar. Para sus portavoces, los drones armados se presentan como un «arma» en el sentido puramente convencional del término, un *arma de moda*, si cabe. Su análisis se circunscribe deliberadamente a las capacidades del arma. No existe por lo tanto un «objeto de debate» tangible salvo el aparato aislado, sus componentes, diseño, especificaciones... El militarismo contemporáneo gusta de presentar la guerra como una inmensa acumulación de artilugios de todo tipo para evitar

---

3. M. Akhter e I. G. Shaw: «The Unbearable Humanness of Drone Warfare in FATA, Pakistan», 2012.

4. K. Marx: *El capital. Crítica de la economía política – Libro primero: El proceso de producción del capital*, Siglo XXI, Madrid, 2008.

hablar de lo único realmente importante: la guerra como tal. Al confinar los posibles excesos o fallos a las cualidades estructurales de la máquina —defectos de diseño, falta de definición de las cámaras, sabotaje de los canales de telecomunicaciones...—, se exculpa a la guerra de cualquier responsabilidad como herramienta del imperialismo para sojuzgar a poblaciones enteras.

Los debates acerca de los drones que participan de este imaginario mutilado alimentan desde su aparente rechazo el avance dialéctico de la práctica, de manera que lo que consiguen es que se afiance gradualmente en el seno de lo social. Las discusiones sobre la «eticidad» de su uso, las preocupaciones respecto a su progresiva automatización, las controversias en lo que concierne a su acomodación en la legalidad internacional... devienen en último término una lucha por la regulación y el perfeccionamiento de los algoritmos del asesinato. Señalar los usos considerados «indebidos» de una práctica social caníbal —la barbarie imperialista— implica legitimar la propia práctica en cuanto estos usos se adaptan a las regulaciones requeridas. El engaño que esconden todas las luchas por «humanizar» el monstruo de la guerra es el abandono de una perspectiva de rechazo total —la negación, sin matices, de la guerra imperialista— en favor de «grados» de aceptabilidad de la violencia, en los que se encuentra legitimada por

su inserción en el marco legal existente (conque nada se le puede reprochar realmente). Para el humanitarismo, nada resulta más deleznable que la guerra desenfrenada, la violencia carente de un orden reglamentado, pero se muestra indiferente ante las estructuras de poder que practican una cruzada permanente contra los excluidos del mundo, de modo que la consecuencia lógica no podía ser otra que la lucha por establecer un marco legal que reglamente una violencia imperial a la que nadie parece realmente oponerse.

Ante la conversión de los postulados políticos en escalas cuantificables de transigencia, Hannah Arendt —famosa por su análisis del gobierno totalitario— apuntaba lo siguiente:

> *El argumento del «mal menor» es uno de los mecanismos insertados en la maquinaria del terror y criminalidad. La aceptación de los «males menores» es algo conscientemente utilizado para que [...] el grueso de la población acepte el mal como tal... Políticamente, la debilidad del argumento siempre ha sido que aquellos que eligen el «mal menor» olvidan rápidamente que escogieron el mal.*

Un claro ejemplo de estas «políticas del mal menor» —o «negaciones necesarias»— son las

tendencias humanitaristas que se oponen principalmente a los asesinatos mediante drones por su considerable grado de ineficacia, pero que a grandes rasgos los contemplan como una oportunidad para «humanizar» la guerra en caso de encontrar mecanismos técnicos para disminuir notablemente el número de víctimas colaterales: así, desde la supuesta crítica se acaba ejerciendo el papel de «colaborador necesario» de la industria militar —la «maquinaria del terror y criminalidad», en palabras de Arendt—, que señala las limitaciones de sus creaciones para que éstas puedan funcionar de un modo *más humano*, o lo que es lo mismo, sean finalmente *tolerables socialmente*. Así, los demandantes de «guerras éticamente responsables» acaban por marchar junto a los perpetradores de «guerras humanitarias» en su misma senda de destrucción.

La guerra sigue siendo un monstruo, pero desde su trono virtual, *quirúrgico*, luce unos dientes limados. Este engendro ideológico, que como el pobre Dr. Jekyll se preocupa por los abusos de su beligerante álter ego Mr. Hyde, parece inspirado en el ecologismo: se interesa por moderar —aparentemente— sus emisiones anuales de cadáveres (dedica grandes recursos a la investigación en armas «no letales», dispara «ataques quirúrgicos», predica la «doctrina preventiva» en vez de apostar por la violencia desenfrenada...), al tiempo que

admite sentir cierto horror ante las imprudencias del pasado por él cometidas. Para el modelo de «exterminio sostenible» que propone el militarismo contemporáneo no existe nada de reprochable en la guerra como tal, lo intolerable se limita solamente a sus *excesos*. Este chantaje político presenta una elección engañosa entre una «guerra humanitaria» supuestamente enfrentada a una «guerra salvaje», en un tramposo juego de sombras que nunca cuestiona la guerra como tal. Como en la popular novela de Robert Louis Stevenson, también aquí el sosegado Dr. Jekyll habita el mismo cuerpo que el violento Mr. Hyde, y este *cuerpo social*, el saqueo imperialista, nunca ha sido negociable.

Admitir entonces que el objeto de la controversia sea un artilugio —o los grados de su violencia— en vez de la guerra imperialista *en bloque* equivale ciertamente a colaborar con una tragicómica «democracia de la barbarie» planteada por el militarismo, en la que todas las opiniones críticas se interpretan como oportunidades para mejorar y robustecer los engranajes que producen violencia armada en nombre del Estado. Quizás el dron *Rainbow* («arco iris»), desarrollado en los últimos años por la industria china para competir con la producción estadounidense, sea uno de los primeros pasos en este sentido: la humanización de la violencia en la esfera discursiva (pues surge en oposición a los beligerantes «depredadores» y

«segadoras» de Estados Unidos) precede a la práctica generalizada de la «violencia con rostro humano».

El propio Marx también realizaría una certera descripción al respecto de esta «escuela filantrópica», que «quiere conservar las categorías que expresan las relaciones burguesas, sin el antagonismo que les es inseparable. Se piensan estar combatiendo seriamente la práctica burguesa, y son más burgueses que los otros».[5] La pugna contra la guerra en abstracto sin la total impugnación de las redes del pillaje imperialista se convierte en última instancia en una lucha por extirpar la guerra del cuerpo social que la ha originado, como si fuera un tumor maligno que hubiera crecido sin su consentimiento. Preservar las condiciones del saqueo universal, pero pretender que éste se produzca sin sobresaltos ni tensiones: he aquí la miseria que subyace al postulado humanitario.

En suma, no dejarse hechizar por el poder atrayente del dron, rehuir su lamentable encantamiento, es cuestionar en su conjunto los mecanismos institucionales que producen violencia a escala planetaria. Implica volver a situarse en el terreno de las relaciones sociales, pararse a contemplar los procedimientos que exportan violencia

---

5. K. Marx: *Miseria de la filosofía*, Orbis, Madrid, 1984.

a la periferia global. En caso contrario, esta limitación autoimpuesta en lo que se refiere al objeto de debate (que se ciñe al dron en tanto que instrumento, sin percatarse de los hilos ocultos que lo mantienen en el aire) lo que hace es sobrecargar el objeto de «sutilezas metafísicas y reticencias teológicas»,[6] esto es, desdoblarlo en un *doble fantasmagórico*. Un dron nunca ha sido nada más que una aeronave tripulada desde la distancia que puede cumplir un amplio abanico de funciones sociales. Quienes construyen un discurso mitologizador y le atribuyen calificativos tales como «ojo viajero de Dios» (recordemos que, según Hebreos 4:13, «todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de Dios»), «pájaros de presa y ángeles de la muerte», «Dios que todo lo ve»... introducen una metafísica tramposa en lo que nunca ha dejado de ser una práctica social que se estructura en torno a este singular objeto. En este punto de la explicación, no debería sorprender en exceso que el pastor tejano Ed Young recurriera en sus vídeos a la figura del dron para hablar del «infinito poder» de Dios.[7]

Las «reticencias teológicas» que laten tras estos adjetivos asignan una omnipotencia irreal a los drones, cosa que no incita precisamente a

---

6. Marx, *El capital. Crítica de...*, *ob. cit.*

7. M. Gault: «Texas Megachurch Preaches the Power of Drones. Poor taste won't stop this pastor», 2014.

combatirlos, dado que el postulado requiere reconocer a priori la propia derrota para luego poder teorizar ampliamente al respecto, un fenómeno que de hecho es bastante común en el postestructuralismo. Esta «teología negativa» tampoco ayuda a emparentar el aparato con la realidad histórica, porque lo sitúa en un estadio «suprasocial» —esto es, metafísico— que lo engalana con un manto de autonomía que realmente no posee. Dicha confusión en lo referente a las capacidades del arma (frecuente en algunos discursos que pretenden tratar el fenómeno desde la filosofía, a menudo sin indagar en la arquitectura interna del artilugio) no distingue siquiera los drones no autónomos del presente de futuribles modelos basados en sistemas avanzados de inteligencia artificial —que, por el momento, siguen concerniendo a la ciencia ficción—, de manera que pareciera desear secretamente su llegada. De igual forma, tampoco se molesta en exponer la tipología de las formaciones sociales que recurren a estos aparatos, las cuales son responsables primeras de su violencia.

Tras la supuesta radicalidad de los enunciados que confieren a los drones poderes de corte teologal, nos encontramos que en realidad se difunde un imaginario social ampliamente compartido por la industria militar: derrota segura de cualquier oposición, omnisciencia letal y mistificación (ocultamiento) de las relaciones sociales de

opresión. Se embellece la naturaleza aparente de los drones al equipararlos con una figura divina (Juan 4:8, «Dios es amor»), que sirve para dejar a un lado el rastro de casas destruidas, cuerpos mutilados y vidas rotas por sus misiles. Admitir hablar de los drones en estas condiciones es por lo tanto adoptar, guste o no, la perspectiva del militarismo, pues «imaginar un dron también significa imaginar un punto de vista».[8] Supone asumir con sorprendente transigencia las fantasías de invulnerabilidad históricamente presentes en los cuerpos militares, lo que acaba generando monstruos ideológicos como la presunta «no-guerra» (una guerra que debiera «aportar la prueba de su propia existencia»)[9] en un contexto de violencia política generalizada y sistematizada a cargo del imperialismo, con la única salvedad de que ésta se dirige exclusivamente contra las masas empobrecidas que habitan la periferia global. Se acaba entonces por expresar en términos filosóficos la mentalidad de la ciudadanía del Primer Mundo, que no se encuentra asediada por la brutalidad del conflicto y en consecuencia niega que éste siquiera exista.

---

8. E. Van Veeren: «On the Limits of Visual to "Speak Security" or There is More Than One Way to Imagine a Drone», 2013.

9. Baudrillard, *ob. cit.*

El dron, un objeto que en principio parecía ser algo «trivial, de comprensión inmediata», se ha revelado, después de un examen detenido, como un auténtico «jeroglífico social»[10] por resolver. Y, si sus componentes internos no cuentan con particularidad alguna que los diferencie notablemente de otros aparatos, ¿qué puede haber complicado tanto una cuestión aparentemente tan sencilla como es «qué es un dron»? La respuesta reside en el *doble fantasmagórico* antes mencionado. Bajo el capitalismo sigue existiendo un «reflejo religioso» en lo que respecta a los productos, que enmascara sus relaciones sociales, las mistifica. Las cosas abandonan su naturaleza cognoscible —«naturaleza aparente»— para asumir extrañas formas sociales —«naturaleza enigmática»— que esconden su rol en el plano de lo social: es lo que Karl Marx llamó «fetichismo de la mercancía». El ejemplo que ilustraba este fenómeno en *El Capital* era una inocente mesa, «una cosa ordinaria, sensible», a la que el capitalismo disfrazaba con una serie de relaciones sociales que la transmutaban en algo irracional para la sensorialidad humana («de su testa de palo brotan quimeras mucho más caprichosas que si, por libre determinación, se lanzara a bailar»).[11]

---

10. Marx, *El capital. Crítica de...*, *ob. cit.*
11. *Ibíd.*

Nuestro objeto de estudio sufre una metamorfosis similar a la de la mesa, ya que de su cabina ausente también surgen monstruos que transforman su naturaleza sensible, objetiva (aquella *aeronave tripulada desde la distancia que puede cumplir un amplio abanico de funciones sociales*), en algo que precisamente se presenta ocultando las relaciones sociales en las que se enmarca, como si fuera una especie de *doppelgänger*[12] maquínico. En vez de evaluar el objeto por sus efectos a escala social (en este caso, por las formas de violencia política que desempeña en el contexto de la «guerra global contra el terror»), se lo exhibe carente de vínculos sociales de cualquier tipo. El dron se vuelve a convertir así en un armazón sin vida consistente en una serie de cables conectados a determinadas clavijas, un «arma» en el sentido mas aséptico de la palabra. Pero este fenómeno no se debe a su naturaleza objetiva, sino a la existencia de poderosas formaciones sociales que lo fuerzan a caracterizarse como tal.

> *La apariencia fetichista, de pura objetividad, de las relaciones espectaculares, oculta su carácter de relación entre*

---

12. Vocablo alemán que define al doble fantasmagórico de una persona viva y que aparece en diversas obras de literatura fantástica. *(N. de la E.)*

> *hombres y entre clases: una segunda naturaleza, con sus leyes fatales, parece dominar nuestro entorno. Pero el espectáculo no es el producto necesario del desarrollo técnico considerado como un desarrollo* natural.[13]

La aparente coincidencia de las definiciones —la de la naturaleza objetiva y la del militarismo— es consecuencia del afán del discurso hegemónico por exhibir a los drones inocentemente, pasarlos por un simple «recurso operativo», para camuflar su rol preponderante en el despliegue de las formas de guerra contemporáneas. La sorprendente capacidad de la carcasa del dron para «resistir toda inscripción social significativa»[14] es, por lo tanto, el producto de una estrategia de fetichización extrema del aparato. Es el fantasma que surge para desunir a los responsables de sus propios actos, el velo que desconecta a los autores de las consecuencias sociales de sus acciones.

Solamente de este modo pudo haberse construido un «imaginario dron» reticente a identificarlo inmediatamente con personas asesinadas sin control

---

13. G. Debord: *La sociedad del espectáculo*, Pre-Textos, Valencia, 2010.

14. P. Henderson: «A Look from the Abyss: Drone Subjectivities and the Unwriting of Critical Feminism», 2014.

judicial o con la justificación de guerras futuras amparándose en su precisión letal. La ausencia de material gráfico que testimonie su creciente participación en las guerras del nuevo milenio es uno de los principales factores que permiten desvincular a los verdugos de las consecuencias humanas de su violencia. Es la versión «dronificada» de lo que durante la guerra de Iraq se llamara «Green Zone» («zona verde»), un pequeño territorio de diez kilómetros cuadrados en el centro de Bagdad controlado por las fuerzas militares estadounidenses, en oposición a la «Red Zone» («zona roja»), que constituía el resto de la ciudad. Los incontables combates se libraban en la Red Zone, mientras que la prensa internacional permanecía dentro de los confines del perímetro señalado como seguro. Esta situación de total desconexión, estando a tan poca distancia física de los sucesos, es lo que en el célebre ensayo del periodista Rajiv Chandrasekaran se describiría como la vida en la «Ciudad Esmeralda», denominación que hacía referencia al mundo fantástico de Oz para caracterizar la absoluta irrealidad instituida en su seno.

El jefe de noticias de la sección londinense de *The New York Times* llamó a este particular fenómeno *hotel journalism* («periodismo de hotel»), que ante la virulencia de los combates abandona la idea de exponerse al riesgo que implica cruzar al otro lado de la Green Zone cada vez que quiere conseguir

información de primera mano.[15] Naturalmente, el periodismo independiente deviene tarea casi imposible en estas circunstancias. Las ruedas de prensa del Pentágono ostentaron entonces el monopolio efectivo del relato de la guerra, de ahí la carencia de testimonios que visibilizaran la violencia del invasor exterior (una vez finalizada la guerra, algunos profesionales del periodismo incluso llegaron a pedir disculpas por actuar como simples altavoces de las narraciones dominantes). De este modo, se podía estar físicamente en Bagdad teniendo acceso a la misma información que el resto del mundo. El periodista se había convertido en un *espectador* incapaz de generar contenido propio. Su «margen de maniobra» se reducía a los turnos de preguntas de las ruedas de prensa.

Algo similar es lo que está pasando con la denominada «guerra dron». En este texto se le confiere el título de *guerra* tanto por las grandes cantidades de violencia sistematizada ejercida por el Estado como por el tipo de armamento utilizado, pese a que no deja de ser un colosal programa de asesinatos selectivos llevado a cabo por la

15. Pese a todo, los datos del Comité para la Protección de los Periodistas revelan que la guerra de Iraq fue el conflicto en el que más periodistas fueron asesinados desde la Segunda Guerra Mundial (un total de 140, de los cuales 117 eran iraquíes).

administración Obama. El campo de batalla de los drones reproduce el modelo de la Ciudad Esmeralda de Oz durante la guerra de Iraq, con la salvedad de que exporta la plantilla al mundo entero.

Los periodistas no precisan trasladarse cerca del conflicto (ni siquiera a hacer *hotel journalism*), puesto que la geografía de Ciudad Esmeralda se ha expandido hasta coincidir con los confines mismos de Occidente. En esta reclusión informativa, en gran parte también voluntaria, que se asume desde el confortable recibidor de un lujoso hotel al que llamamos «Primer Mundo» (resguardado de la virulencia del combate), la narración de la violencia que se desarrolla en la Zona Roja global, esto es, al otro lado de las fronteras de nuestro pequeño núcleo poblacional, corresponde igualmente a la maquinaria militar; más allá de ella, no existen investigaciones independientes que luchen por impugnar la «versión oficial» confeccionada por los ejecutores primeros de la violencia imperial. En la Zona Verde (que ahora cuenta con una escala planetaria, pese a que sigue siendo una parte minúscula del globo si la consideramos proporcionalmente), resuenan asimismo con fuerza los matices fantasiosos de Ciudad Esmeralda, los cuales se perciben con especial claridad en aquellos discursos que niegan la realidad de la violencia imperialista en todo el planeta (una curiosa amalgama de opiniones que reúne sin aparente contradicción a partidarios y a ciertos

detractores del *statu quo*). El auge de la terminología religiosa para describir fenómenos sociales es el producto consumado de esta incapacidad manifiesta para vincular las formas de violencia materiales con las geografías imposibles de Ciudad Esmeralda.

Por otro lado, esta verdadera obsesión colectiva en torno a los drones (fenómeno que también se da con los modelos de uso civil) superpone otra relación de tipo *fetichista* con estos aparatos, ahora en el sentido psicoanalítico del término. El repentino auge de los drones en el seno de las sociedades europeas se corresponde con el perfeccionamiento de las modernas tecnologías de control y vigilancia, lo que no es en absoluto casual. Ambas implantaciones comparten una misma voluntad de dominio, deseo que se materializa de forma radical en el dron. Lejos de la definición del aparato promovida por la industria militar como simple «ensamblaje de tecnologías», el dron es, ante todo, un *ensamblaje de relaciones de poder*. Es el producto material de determinadas lógicas surgidas de la voluntad de dominio, de la afirmación del poder de captura de quien gobierna el aparato y del desdén hacia las vidas que se presentan ante el objetivo.

Los anhelos modernos de control adquieren especial resonancia cuando son mediados por drones: el sigilo con el que estas aeronaves graban a su objetivo (en muchos casos, sin su autorización o conocimiento: el auge de los drones *paparazzi* inaugura en este

sentido la era de la completa desprivatización del ser) remite a un código simbólico intercedido por la tecnología moderna que halla placer en la capacidad de someter al mundo a su mirada omnisciente. Anunciando ya la «obsolescencia de la privacidad» en pleno 1980, el filósofo Günther Anders empleaba el ejemplo de las perlas para explicar cómo se había acabado convirtiendo la herida del ser vivo —en este caso, las ostras— en objeto de placer. La exposición permanente del individuo a las fantasías sexualizadas del marionetista consuma una relación fetichista con el entorno, que goza con el robo de las imágenes ajenas —la «herida» que supone la extracción de perlas extrapolada al ser humano—.

Actualmente, los drones son sin embargo lo último en el mercado de *gadgets*, el juguete de moda. Su condición de fetiche queda demostrada por el hecho de que sigan disponibles en un gran número de tiendas —con las consiguientes ventas—, pese a que por el momento la normativa española sea especialmente restrictiva al respecto (su uso por parte de la población civil se restringe a zonas completamente deshabitadas, espacio aéreo no controlado o centros de aeromodelismo; en el primer caso, la ley exige, además, una comunicación previa de la actividad que se va a realizar y un curso que acredite los conocimientos técnicos para pilotarlo). Las palabras de Jordi Folk, miembro de una aso-

ciación dedicada a promover el uso civil de los drones, son especialmente ilustrativas al respecto:

> *En estos momentos, las personas que hemos comprado un dron no podemos sacarlo de casa al estar prácticamente prohibido su uso, mientras que por el contrario cualquiera puede adquirir uno de esos aparatos en unos grandes almacenes o por Internet, sin que haya control alguno por parte de las autoridades.*[16]

Quien se hace con un dron —al menos en el Estado español—, no adquiere por tanto el objeto como tal, sino solamente su *promesa*. Pareciera entonces que su compra se limitara a ser un modo de conferir prestigio a sus poseedores, un testimonio de las capacidades existentes del aparato, sin embargo inutilizadas (lo que reafirma la ostentación de poder y las pretensiones de dominio asociadas).

Las reflexiones de la escritora estadounidense Susan Sontag acerca de la fotografía sitúan esta deriva fetichista a medio camino entre la vida civil y el mundo militar. Explica que «la cámara moderna quiere ser una pistola de rayos [...] como las armas y los automóviles, las cámaras son

---

16. «Drones como juguetes», *La Vanguardia*, 20 de noviembre de 2014.

máquinas que cifran fantasías y crean adicción».[17] Semejante lectura de la cámara, en tanto que induce a establecer relaciones fetichistas con lo que de hecho no deja de ser un objeto cotidiano, prepara su salto al contexto militar al comparar sus cualidades atrayentes con las mismas que posee la «pistola de rayos». El dron militar encarna este anhelo porque vincula las modernas tecnologías de la imagen con la potencia letal de la pistola: no en vano, otro de los términos con los que la industria militar se refiere a los drones es MALE (que corresponde a las siglas de Medium Altitude, Long Endurance, «Media Altitud, Largo Aguante», pero también a «macho», en caso de hacer caso omiso de las siglas). La «tecnomasculinización» que se sugiere insertada en el aparato instiga a que se superponga también una lectura en clave de género en el corazón mismo de lo que, ante todo, gusta de presentarse como una «guerra abstracta» en la que el cuerpo ha sido desplazado a un lado, en cierto modo *abolido*.

El mundo militar, uno de los actores primordiales en lo que se refiere a la construcción histórica de los patrones de masculinidad hegemónicos, ha sido objeto de una singular transformación a lo largo de las últimas décadas: la del traslado

---

17. S. Sontag: *Sobre la fotografía*, Random House Mondadori, Barcelona, 2011.

gradual de la importancia de los *hombres* a la de las *armas*. La llamada «cultura del armamento» surge en un momento de auténtica crisis de legitimidad de los modelos dominantes de masculinidad, que se muestran incapaces de afirmarse en una era posfordista —crisis de la familia, empleos temporales, profesionalización de los ejércitos, conquistas del feminismo...—. Frente a las «masculinidades en suspenso», que fracasan incluso para instituir con efectividad el discurso patriarcal tradicional, aparece la cultura del armamento.

«La masculinidad ordinaria ahora "falta" y requiere del "tecnofetichismo" para asegurar su preponderancia en el orden social»:[18] el ascenso del fetiche maquínico es causa de la crisis de la masculinidad dominante, que solamente se ve capaz de renovarse a sí misma recurriendo al utensilio —o «juguete»— tecnológico,[19] apto para asumir las tareas de violencia que anteriormente se reservaban al hombre. De este modo, el militarismo «sale» de su crisis

---

18. M. Salter: «Toys for the Boys? Drones, Pleasure and Popular Culture in the Militarisation of Policing», 2014.

19. El 90 % de los miembros de la asociación española AEDRON de usuarios de drones son hombres, según fuentes de la propia organización; la tendencia es obvia.

reforzando la figura del soldado, que ahora cuenta con un armamento altamente tecnologizado. La ascendente fetichización de los aparatos forma parte de una estrategia de reacción ante la crisis de las masculinidades tradicionales, que solamente encuentran su razón de ser en la socialización que les confiere la guerra —o más bien el acto de «jugar» a la guerra—.

La adaptación de las masculinidades actuales a los ritos de la violencia imperial se sigue produciendo mediante una cadena de mando, ahora intercedida por una serie de dispositivos tecnológicos, que es lo que James Der Derian denomina el «complejo militar-industrial-mediático-de entretenimiento». El cine, las series de televisión, los videojuegos, los violentos despliegues policiales, las construcciones políticas del «Otro», la retórica orientalista en lo referente al terrorismo, la sobreexposición mediática de los disturbios, la securitización del espacio público, la incapacidad para encarar el riesgo consustancial a la existencia humana... son engranajes que reproducen desde sus esferas particulares un dispositivo social destinado a militarizar la consciencia colectiva en general, pero más particularmente la masculina. Bajo la cultura del armamento, el hombre sigue teniendo como única posibilidad de realización su autoafirmación violenta, aunque, en este caso, con el arbitraje de una maquinaria de entretenimiento, que a través de la

simulación fuerza a naturalizar la pervivencia de una guerra global contra los excluidos del mundo.

El entusiasmo con el que el militarismo o la policía presentan sus artilugios altamente tecnologizados forma parte del mismo fetichismo instaurado en torno al armamento. En primer lugar, satisface los «sueños tecnofílicos y ansias fetichistas de dominio y control, al tiempo que [en el caso de Estados Unidos] los ajusta a los nuevos imperativos de la contrainsurgencia urbana y al declive de [su] poder político y económico».[20] La paulatina delegación en aeronaves tripuladas remotamente proporciona un refugio que adopta la forma de *fetiche* freudiano, un «signo del triunfo sobre la amenaza de castración y de la protección contra ella»,[21] en un contexto de *crisis de hegemonía*, que contempla con extrema desconfianza las invasiones terrestres tras los fiascos de Afganistán e Iraq. El creciente recelo social en lo que respecta a la guerra es en este caso la *amenaza de castración*, mientras que la respuesta «dronificada» para seguir desempeñando una estrategia contrainsurgente a escala mundial es el *signo del triunfo* sobre ésta. Es ciertamente la

---

20. S. Graham: *Cities under siege. The New Military Urbanism*, Verso, Londres, 2010.

21. S. Freud: *Tres ensayos sobre teoría sexual*, El País, Madrid, 2002.

«suspensión de un proceso, semejante a la detención del recuerdo en la amnesia traumática»[22] —que es el fracaso de las campañas en Oriente Medio— al encomendarse a un objeto al que se le han conferido connotaciones sexuales —dominio, poder de captura sobre el Otro...— para concebir una salida a la incapacidad de suscribir una guerra siguiendo los patrones tradicionales.

De igual forma, no resulta extraño que los drones suelan presentarse con un halo de triunfalismo inusitado, puesto que representan la aparente victoria del objeto fetichizado frente a una perspectiva no deseada de renuncia a la violencia del Estado más allá de las propias fronteras. Lo que las nuevas tecnologías militares *en su conjunto* vienen a anunciar —no solamente los drones— es la refundación de la guerra tras una profunda crisis, el triunfo de la violencia imperial una vez reconfigurada en clave tecnofetichista. En este escenario victorioso, el fetiche marxista vuelve a insinuarse:

> *El tecnofetichismo y triunfalismo militar también son frecuentemente usados para enmascarar un alarmante nivel de ignorancia política y cultural entre las élites militares y políticas en lo referente a*

22. *Ibíd.*

los lugares lejanos y personas contra las que Estados Unidos se lanza a la guerra.[23]

El triunfalismo debe ser, en consecuencia, considerado igualmente como un tipo de discurso destinado a ocultar bajo su manto «tecnooptimista» determinadas construcciones sociales, particularmente las que surgen de las percepciones propias del orientalismo, que lo desconocen *todo* acerca de sus enemigos. Solamente a esta ignorancia manifiesta se le pueden atribuir los fracasos recientes en Afganistán e Iraq: la llamada «Revolution in Military Affairs» («Revolución en los Asuntos Militares») o, simplemente, RMA, que auguraba la hegemonía militar occidental por su inmensa superioridad tecnológica, se estrelló literalmente en las geografías caóticas de las ciudades de Oriente Medio, en las que recursos tan simples como un conocimiento amplio del territorio o el uso de coches bomba —cuyo mecanismo no tiene misterio alguno— estratégicamente colocados disputaron desde el primer día la ocupación militar estadounidense.[24]

---

23. Graham, *ob. cit.*

24. Afganistán e Iraq no constituyen un caso aislado: Mike Davis en *El coche de Buda* traza una cronología histórica de los precarios recursos con los que los pobres del mundo han podido sobreponerse a su inferioridad tecnológica y

La inocencia aparente con la que el militarismo encubre las acciones de los drones no solamente forma parte de una operación de cuidadosa *esterilización* respecto a los horrores que siembran en la Zona Roja global, sino que además hace imposible su comprensión como fenómeno social. La fingida trivialidad de su existencia se ve contrariada por la obsesión social en torno a su figura, que se traduce en la «dronificación» generalizada de los esquemas tradicionales, algo que en el contexto militar se suma a un triunfalismo tecnofetichista que se encomienda por completo a las capacidades operacionales del objeto. Banalizar el impacto social de un artilugio que ha logrado absorber una gran cantidad de tareas sociales, a la vez que ha establecido cierto número de relaciones de tipo fetichista con sus usuarios, solamente puede obedecer a una voluntad deliberada de despolitización.

El dron representa la promesa de un mundo sin obstáculos a la realización del deseo, lo que en el contexto militar recrea un escenario en el que el planeta entero se pone a disposición del piloto que controla la aeronave. De ahí que algunos pilotos hayan confesado sentirse «como un Dios lanzando

---

hacer frente a los ejércitos regulares, superiores tecnológicamente.

rayos desde la distancia»[25] por la expansión de su poder de muerte, lo que no se opone en absoluto a lo expuesto anteriormente en referencia a la terminología teologal (una cosa es comentar las propias sensaciones en un determinado momento, y otra la incapacidad para articular un discurso coherente capaz de explicar las formaciones sociales que racionalizan la danza letal del imperialismo, que es lo que hacen los discursos que caen en la trampa metafísica al encontrarse con fenómenos sociales complejos. La mistificación del aparato encierra una debilidad que es la debilidad misma de la mayoría de discursos que pretenden hacer una lectura del fenómeno). A continuación, se aproximan las transformaciones psicológicas sufridas por los operadores en cuanto se les confiere la divina potestad de *cosechar cadáveres*.

---

25. D. Gregory: «From a View to a Kill: Drones and Late Modern War», 2012.

Rematerializar la guerra virtual

[...] el advenimiento de nuevas tecnologías a las que se caricaturiza como «no humanas» nos empuja a repensar lo humano en la guerra. No se trata sencillamente de que lo humano sea borrado del conflicto por la robótica militar; lo que la robótica produce es más bien una considerable cantidad de consecuencias contradictorias para las formas que tenemos de estudiar lo humano en la guerra. Una parte de ellas se ve reflejada en la manera de pensar los «cuerpos» en la pugna: la experiencia visceral, somática, configura una parte importante de las relaciones de poder, y la guerra no es una excepción.[1]

Caroline Holmqvist

1. C. Holmqvist: «Undoing War: War Ontologies and the Materiality of Drone Warfare», 2013.

El sangrante gotear que acarrean los ataques con drones enmascara, por su condición unidireccional, las complejas redes intercontinentales que sostienen la guerra imperialista a escala mundial. Que el terrorífico Predator golpee exclusivamente desde los cielos de Pakistán, Yemen o Somalia funda —o más bien, se esfuerza por *constituir*— un distanciamiento absoluto respecto a los perpetradores reales de su violencia. Distanciarse entonces de lo *meramente sensible* sigue siendo en este caso un imperativo necesario para desarrollar un examen integral del fenómeno: que los asaltos únicamente se solidifiquen en la Zona Roja global —al menos por el momento— no debe suponer un impedimento para indagar en la secreta alianza que los vincula inevitablemente con los engranajes del militarismo mundial. Ceñirse estrictamente a la terrible imagen de personas carbonizadas por la virulencia de los misiles en regiones alejadas de los densos muros de Occidente acaba lamentablemente por participar de la geografía mutilada promovida por el imperialismo, que pretende separar los centros de poder de la violencia que practican a escala planetaria.

Para los discursos que reducen toda una interfaz de violencia imperial a los lugares geofísicos en los que sus impactos se materializan, los asesinatos selectivos llevados a cabo por Estados Unidos en el contexto de la «guerra global contra el terror»

equivalen poco más que a «tragedias» abstractas que asolan caprichosamente la periferia mundial, ominosos «desastres» a los que se juzga expropiados de trasfondo social. Al no adivinar entre las ruinas llameantes la existencia de una matriz beligerante que ordena entre bambalinas la violencia desatada, se equiparan las consecuencias de determinadas decisiones de naturaleza política manifiesta con las de una catástrofe natural en la que las formaciones sociales no han tenido la opción de intervenir de modo alguno. A cualquier intento por analizar las feroces embestidas protagonizadas por drones debe corresponder un considerable esfuerzo por no limitarse espacialmente sólo al territorio castigado por la virulencia del combate, especialmente desde el momento en que el encargado final de «apretar el gatillo» —o mejor, de «controlar el *joystick*»— se halla a más de 10.000 kilómetros de distancia del punto de impacto y, con toda probabilidad, nunca haya tenido siquiera la oportunidad de establecer un intercambio visual con las vidas estranguladas por su violencia.

Lo que ha trascendido como *everywhere war* («guerra total» o «guerra permanente» a causa del gradual sometimiento de todos los lugares y ritos sociales a su fervor militarizado) sigue siendo sin embargo una guerra que se desarrolla desde infraestructuras concretas, situadas en coordenadas reales. La escala «global» de la guerra contra el

terror no puede resultar en la abstracción en clave posmoderna —en el peor sentido de la palabra— del concepto de *guerra*, pues «la guerra en todas partes es también la guerra *en algún sitio*»[2] (la cursiva es mía). En esta malla de resortes sociales geográficamente dispersos, las consecuencias de cuyas acciones se transmiten casi al instante al otro lado del mundo (en el caso que nos ocupa, con un retraso de apenas segundos que separa la orden de disparar del impacto del misil), siguen habiendo pese a todo «infraestructuras críticas» que funcionan como motores que definen y articulan afanosamente la guerra.

> *El poder reside ahora en las infraestructuras de este mundo. El poder contemporáneo es de naturaleza arquitectural e impersonal, y no representativa y personal.*[3]

Del mismo modo, persisten naturalmente las zonas completamente asoladas por su violencia. Identificar ambas es el primer paso para volver a dotar de materialidad la violencia exterior perpetrada por el Estado.

---

2. D. Gregory: «Moving targets and violent geographies», 2014.

3. Comité Invisible, *ob. cit.*

La reordenación a escala planetaria de los procesos sociales que exportan la guerra imperialista ha acabado por generar una preocupante aquiescencia que florece como causa de la incapacidad de localizar las raíces materiales que patrocinan la «guerra global contra el terror». Independizar el ambiente de pánico que fomenta el militarismo de las formaciones sociales que se encuentran sometidas a su poder de muerte significa recrear una especie de «reino platónico» antigeográfico, que desplaza la importancia del conflicto de sus impulsores e inevitables damnificados a las ideas abstractas que teorizan una guerra por lo demás ausente de escenario o de actores tangibles, algo que conduce forzosamente a su despolitización. Así, se pretende definir cierto concepto de «guerra permanente» partiendo de una inmensa acumulación de peligros e irrealidades sin cuartel, algo que de hecho favorece un ambiente social paranoico predispuesto a tolerar medidas que atentan contra los derechos democráticos más elementales con tal de fortalecer la ilusión de seguridad.

Reflexionar sobre una guerra ausente de contenido, *platónica*, sin un poder soberano que ordena la exclusión en su sentido radical, carente de territorios asolados o de poblaciones aterrorizadas por su violencia supone, en cualquier circunstancia, participar de la deriva militarista y securitaria diseñada por el militarismo global. Equivale a

pensar el espacio público no un como eje fundamental de la participación democrática, sino como un enjambre de amenazas sin rostro, dispuestas a golpear indiscriminadamente en el momento en que se baje la guardia (el atentado suicida representa, por su virulencia, indistinción, sorpresa y aparente sencillez, el horror arquetípico de la consciencia occidental).

La «guerra permanente» avanza entonces sin oposición, satisfecha de su ausencia de sustancia, de su vaguedad corporal, esto es, de su carácter *espectral*. La potencia con la que esta figura fantasmática ha impactado en el entramado social ha impregnado incluso a la propia crítica social, que ha asumido con preocupante condescendencia la naturalización de los patrones militarizados impuestos por la guerra permanente. El incremento de estudios —se identifiquen o no con la etiqueta de «críticos»— que siguen pese a todo interpretando la llamada «guerra total» como un mero conflicto virtual que nunca llega a solidificarse, o que, peor aún, se entretienen en «deconstruir» las categorías que ordenan el combate sin oponerse de manera frontal al imperialismo que las funda, es el mejor ejemplo de esta pasividad e impotencia políticas. Éstos se contentan resolviendo las argucias del militarismo como un crucigrama, hambrientos de nuevos acertijos con los que ampliarán su currículo académico. La barbarie imperialista prosigue su

desfile de muerte a condición de plantear nuevos pasatiempos a sus presuntos opositores.

Pero volvamos a los drones. Aquella «consciencia viva del militarismo contemporáneo», que adopta la forma de beligerante *weltgeist*, se encuentra en plena encrucijada de los debates anteriormente mencionados. Pero no como artefacto inerte que reproduce desde su singularidad las controversias planteadas, sino como aparato que moldea de manera activa el entero devenir del militarismo moderno. El dron es el arma al que finalmente remiten todos los escenarios que piensan la guerra tanto a corto como a medio plazo. Un artilugio que condensa hoy en día todos los anhelos de dominio militar comporta evidentemente la «dronificación» de la guerra misma. El estudio detenido de este singular aparato resulta imprescindible para desenredar por lo tanto los procesos contrainsurgentes de la contemporaneidad. Aceptar sin matices la llamada «guerra virtual», desconectada de fundamentos materiales, es dificultar la toma de consciencia social en lo que respecta al descubrimiento de las formaciones sociales encargadas de organizar la guerra, algo que equivale a luchar contra una eventual posibilidad de contestación.

La aparente indeterminación geográfica de la llamada «guerra dron» es, indudablemente, una construcción social diseñada por las instancias que pretenden hacerla pasar por algo impreciso,

carente de una materialidad que pudiera ser expuesta a la luz. Pero lo cierto es que uno de los nodos de importancia capital —«infraestructuras críticas»— para su despliegue se ubica en la base aérea de Creech, en el desierto de Mojave, Nevada (Estados Unidos). Desde esta base militar se coordinan y ejecutan la mayor parte de las operaciones de espionaje, seguimiento y asesinatos selectivos llevadas a cabo por aeronaves tripuladas remotamente en la Zona Roja global («las leyes contemporáneas se escriben con estructuras de acero y no con palabras»).[4] Los drones que surcan incesantemente los cielos de la periferia mundial lo hacen controlados desde este enclave de acceso restringido, bajo cuya jurisdicción recaen el Unmanned Aerial Vehicle Battlelab («Laboratorio de Combate de Vehículos Aéreos No Tripulados»), un inmenso campo de experimentación que se encarga de poner a prueba los drones del ejército para detectar posibles fallos y sondear soluciones, y el Joint Unmanned Aircraft Systems Center of Excellence («Centro de Excelencia Unificado de Sistemas Aeronáuticos No Tripulados») que, a grandes rasgos, es responsable del entreno de los pilotos y de la mejora operativa de los aparatos. Resulta llamativo que la base aérea de Creech sea también la

4. Comité Invisible, *ob. cit.*

sede operacional del escuadrón *Thunderbird* («ave fénix») del ejército americano, que ofrece espectaculares demostraciones aéreas repletas de complicadas acrobacias destinadas al consumo civil.

Entre los Harlem Globetrotters[5] de la aviación y la guerra invisible que se libra desde la base, Creech debería ser considerada socialmente como la Disneylandia del engranaje militar. Promulga una idea fantasiosa del conflicto, porque limpia el rastro de sangre que señala a los responsables de las atrocidades cometidas por el imperialismo. En Creech se cultiva un concepto onírico de guerra, en el que las personas abatidas por su violencia desaparecen del escenario. Lo hacen como los bits de un videojuego, se evaporan del espacio para proyectar una imagen del conflicto que no se identifica con la de una espada manchada de sangre, sino con la de una supuesta «guerra virtual» sin consecuencias materiales: insulsos «juegos de guerra» en un contexto completamente saturado por la industria del entretenimiento. El concepto de *guerra* es ahora expropiado del hedor de muerte que siempre lo había acompañado. Sin embargo, que *en* Creech no se produzca violencia para nada quita que *desde* Creech se esté desplegando desde hace años una

5. Equipo de baloncesto mundialmente conocido por sus espectáculos, en los que combinan el entretenimiento con el deporte.

campaña de violencia sistematizada contra los excluidos del mundo. Declarar la inexistencia del conflicto partiendo de la condición de privilegio de Creech —en este caso, un eufemismo de la Zona Verde planetaria— significa asumir como universal una situación que en absoluto es compartida por los habitantes de la periferia mundial. A la exportación de armas a los países del sur global —uno de los pocos negocios que permanece bajo el paraguas de la industria euroamericana— se le añaden las enormes partidas de violencia con el sello de Occidente, las cuales no están sometidas a la libre voluntad del *consumidor final*.

Creech no es pese a todo un lugar que sencillamente imagine «mundos de ficción» que nada tienen que ver con el conflicto militar real. Consciente de su rol en la articulación de las guerras del nuevo milenio, advierte con grandes carteles las fronteras que separan el mundo real del mundo «virtual» reproducido en *streaming*. En las puertas que protegen los cubículos desde los cuales se practica la «guerra dron» se inscribe algo similar a los rótulos que acompañaban la línea divisoria de Berlín Oeste: *You are leaving the United States* («Usted está saliendo de Estados Unidos»). La geografía digital que se recrea en el interior de los contenedores se superpone entonces a la geografía geofísica de Estados Unidos, tal como certifica el testimonio del experto en seguridad Robert D. Kaplan al visitar la base:

«Dentro de ese tráiler está Iraq; dentro del otro, Afganistán [...] sea como sea, al entrar ahí entras en la AOR («zona de responsabilidad») del CENTCOM» («Comando Central», cuya área de intervención se circunscribe a Oriente Medio y Asia central). «Una vez sales del hangar y te metes en los puestos de control terrestre, *estás en la batalla*» (la cursiva es mía), aseguraba en una entrevista un alto cargo del ejército estadounidense.[6] Las imágenes captadas por las cámaras de los drones se clasifican según territorios para reproducir una extensión simulada de su geografía en un cubículo militar a miles de kilómetros del lugar donde se desarrolla la acción. Cada uno de los contenedores se encuentra conectado —a través de la red de telecomunicaciones— a los diferentes países contra los cuales Estados Unidos libra su particular guerra, conque Creech es algo similar a un «país de Jauja» mediado por pantallas, una mirilla universal capaz de disponer de las más remotas geografías en tiempo real.

La histórica monumentalidad de la guerra (la «movilización total» de la entera sociedad, que se encarna en la experiencia de la Primera Guerra Mundial) es entonces despedazada, reducida hasta poder transferirse en forma de pequeñas piezas de información gráfica que se envían al interior de

---

6. *Drones: America's New Air Force*, CBS News, 10 de mayo de 2009.

la zona más restringida de la base. El conflicto se experimenta ahora en pequeñas dosis, la guerra a través del *joystick* rompe con las grandes experiencias asociadas a las vivencias de tipo extremo en un contexto bélico. No obstante, las observaciones que Walter Benjamin hizo en su momento sobre la generación que había participado en la Primera Guerra Mundial son igualmente aplicables a los pilotos de drones, por mucho que se hallen en su opuesto ontológico por su absoluta disparidad en lo referente a la distancia:

> *La cotización de la experiencia ha bajado y precisamente en una generación que de 1914 a 1918 ha tenido una de las experiencias más atroces de la historia universal. [...] Entonces se pudo constatar que las gentes volvían mudas del campo de batalla. No enriquecidas, sino más pobres en cuanto a experiencia comunicable.*[7]

Rosa Luxemburgo advirtió algo parecido en las mismas huestes alicaídas:

> *El espectáculo ha terminado. El telón ha descendido sobre los trenes colmados de*

---

7. W. Benjamin: *Experiencia y pobreza*, 1933.

reservistas, que parten en medio de la alegre vocinglería de muchachas entusiastas. Ya no vemos sus rostros risueños, sonriendo alegremente desde las ventanillas del tren a una población hambrienta de guerra. Trotan silenciosamente por las calles, con los atados al hombro.[8]

Ante la magnitud de la monstruosidad vivida, a los maltrechos soldados que regresaban a paso lento de la guerra de trincheras solamente les quedó sobrellevar mediante el silencio su enorme *trauma*. Las alambradas de espinos seccionaron el tejido muscular de toda una generación, la cual tuvo que aprender a vivir con la huella del *shock* producido por la violencia desenfrenada. Lo que en psicología se conoce como «trastorno por estrés postraumático» (TEPT), un desorden mental que surge como respuesta de la psique frente a determinadas vivencias que no puede procesar de manera ordinaria por su condición *extrema* —tortura, violación, accidente, encarcelamiento, amenaza, abusos, situaciones de presión desmesurada...—, fue el tormento compartido de las figuras rotas por la conflagración, la peste que contaminó todo el cuerpo social. El TEPT es un trastorno que

8. R. Luxemburgo: *El Folleto Junius: La crisis de la socialdemocracia alemana*, 1915.

ha hostigado incansablemente a generaciones de soldados por la tensión que exige la tesitura bélica, en la que se testimonian incontables episodios violentos, las situaciones de peligro son frecuentes y la disciplina marcial induce al sujeto a vivir en un estado de alerta permanente.

Alejadas de este ambiente hostil y de las espectaculares producciones de Hollywood, las unidades militares que en la actualidad desempeñan las funciones primordiales de la «lucha contra el terrorismo» desarrollan su actividad en condiciones nada fastuosas. Nada de temerarios soldados que se adentran precipitadamente en territorio enemigo, ausencia total de unidades especiales entrenadas para tomar silenciosamente el control de las infraestructuras enemigas. Los operadores de drones acuden a su trabajo en coche, se identifican en el punto de control y aparcan en su plaza reservada. Su contacto con la guerra se produce exclusivamente por medio de un panel de control que comprende una serie de monitores que transmiten imágenes en tiempo real, un *joystick* que regula los movimientos del aparato y un teclado desde el que se ejecutan las órdenes. Desafortunadamente, a una parte nada desdeñable de los estudios que analizan la guerra contemporánea —especialmente, la «guerra dron»— le bastan estos pocos elementos —superioridad incontestable, inexistencia de riesgo corporal para el piloto,

mediación de las pantallas, similitud del *software* con el que se usa en los juegos de ordenador...—para sentenciar *ipso facto* que la relación que los operadores tienen con la violencia se equipara a la de un videojuego. El conflicto deja de ser una experiencia traumática para convertirse en una actividad casi lúdica, en un triste juego de *Arcade* sin contenido real.

Naturalmente, los drones son el producto modelo de la industria del entretenimiento, seguramente uno de sus mayores logros porque los mundos virtuales que proyectan no son otro que la *realidad*. La arquitectura que rodea a la videoconsola (*joysticks*, *gamepads*, sensores de todo tipo...) pesa enormemente en su composición. El protagonismo de las tecnologías de entretenimiento en la instrucción militar es de hecho un fenómeno en boga: el ejército estadounidense utiliza videojuegos tanto en los procesos de reclutamiento como en los entrenamientos; uno de los creadores del popular juego *Call of Duty* es ahora asesor del Pentágono en materia de defensa. La guerra moderna demanda ciertamente «la rápida coordinación de la mano y el ojo, la multitarea y la agilidad visual, habilidades que son perfeccionadas al jugar con videojuegos».[9] Compaginar al mismo tiempo

---

9. Gregory, «From a View...», *ob. cit.*

las funciones de vigilancia con las de movimiento o disparo es algo que requiere de una destreza especial que solamente se consigue jugando a videojuegos intensamente. No obstante, la apreciación del geógrafo Derek Gregory es fundamental para entender la complejidad del asunto: todo esto «no reduce automáticamente la guerra a un videojuego».[10]

Los operadores de drones sufren de TEPT en proporciones mayores que los soldados tradicionales.[11] Este hecho acarrea que «la guerra virtual [sea realmente] [...] menos virtual de lo que pudiera aparentar en un primer momento».[12] Aunque su cuerpo biológico permanezca a miles de kilómetros del combate, los pilotos siguen sometidos a virulentos *shocks* de guerra que impactan violentamente en su subjetividad. Los discursos que pretenden reducir la complejidad de la guerra actual al estatus de videojuego dibujan por ende una caricatura que no se corresponde con la realidad. La respuesta a una situación que podría resultar contradictoria (debido a que la falta de experiencia corporal no equivale a no padecer consecuencias de tipo psicológico) reside en

---

10. *Ibíd.*

11. «The US military: A mindset of barbarism, part two», *Truthout*, 7 de febrero de 2010.

12. Holmqvist, *ob. cit.*

el entramado tecnológico que rodea al usuario cuando controla el aparato. «La potencia de la pantalla (o cualquier visualización digital) [...] sobrepasa ampliamente la [mera] "representación" (aunque eso también ocurre, obviamente)»,[13] o lo que es lo mismo, «los videojuegos no representan la violencia como un espectáculo pasivo; son profundamente envolventes, capturando a los jugadores en sus mundos virtuales».[14] La alta definición de los monitores de gran formato con los que trabajan los operadores no escenifica una violencia distante, sino que induce a que el espectador se sumerja activamente en su riqueza de matices. Sin embargo, sigue siendo cierto que tampoco se puede atribuir exclusivamente al efecto de inmersión de las pantallas los altos porcentajes de TEPT de los pilotos: las maratonianas jornadas de trabajo de doce horas, la presión o las transiciones casi inmediatas entre la vigilancia pasiva y la persecución directa también juegan evidentemente su papel.

El coronel Chris Chambliss, un antiguo miembro de los afamados *Thunderbirds* anteriormente mencionados que ahora se encarga de dirigir un escuadrón de drones Predator y Reaper (conque su

---

13. *Ibíd.*

14. Gregory, «From a View...», *ob. cit.*

romance irreal con la guerra permanece inalterado, de hecho, su puesto de trabajo regular no se ha movido siquiera de la base de Creech pese a haber cambiado sus funciones dentro del ejército), hace referencia a su experiencia pilotando estos aparatos: «Sabes que no hay un botón de reinicio. Cuando lanzas un misil y vuela hacia el enemigo para matar a alguien o para destruir algo, sabes que eso es la vida real, y que no hay posibilidad de retractarse».[15] Una red de pantallas capaz de proveer de imágenes en tiempo real y con alta calidad de detalles no *despersonaliza* la guerra (como creen los discursos simplistas sobre la «guerra videojuego»), al contrario, la convierte en algo *insoportablemente personal*. «Seguimos a la gente durante meses. Los vemos jugando con sus perros o haciendo la colada. Incluso vamos a sus funerales», comenta un veterano piloto.[16] Lo mismo opina Brandon Bryant, un antiguo operario de drones al que su TEPT no le impide estar llevando a cabo una valerosa campaña de denuncia social en la que narra sus experiencias: «Los veía teniendo sexo con sus mujeres. Son dos puntos infrarrojos que se convierten en uno».[17]

---

15. *Drones: America's New Air Force*, CBS News, 10 de mayo de 2009.
16. «Dreams in Infrared: The Woes of an American Drone Operator», *Der Spiegel*, 14 de diciembre de 2012.
17. *Ibíd.*

Desde el interior del cubículo, la violencia desatada se sigue sin interrupciones. El riesgo que comporta vivir presencialmente las hostilidades reduce paradójicamente la posibilidad de observar la violencia al desnudo: la necesidad de refugiarse, replegarse junto a otras unidades, las limitaciones biológicas del ojo humano, la «niebla de guerra» o las presiones del entorno impiden tener una experiencia personal de lo que significa la violencia intensificada, reproducida incansablemente desde los monitores de la base para confirmar —o no— la muerte del objetivo. Los monitores de gran formato presentan en cambio las imágenes de las matanzas con un impresionante grado de nitidez, «lo que incluye detalles de personas heridas y partes del cuerpo que nunca serían capaces de capturar con el ojo humano».[18] La *hiperrealidad* surge entonces como punto culminante de la «realidad virtual», en la que el usuario no experimentaba un nivel de inmersión comparable al de las modernas tecnologías de la imagen, que es el principal factor que impide seguir sintiendo la violencia como algo ajeno. Es por ello que en la actualidad ya se están investigando maneras de *revirtualizar* el oficio del verdugo, ya sea adoptando una política de *signature strikes* («ataques por firma») basados

18. Holmqvist, *ob. cit.*

en unos patrones de conducta que se consideran *sospechosos* en sustitución de los *personality strikes* («asesinatos selectivos») contra personas claramente identificadas que han sido objeto de largos seguimientos por parte del piloto, o filtrando la muerte a través de un *software* «que solamente muestre imágenes abstractas e indirectas del campo de batalla [...] recodificar la escena de guerra de modo que induzca menos disconformidad moral en el operador».[19]

Llegados a este punto, el grado de abstracción respecto a las víctimas sí que abriría el horizonte de la deshumanización. Filtrar digitalmente los asesinatos niega la subjetividad del enemigo que se combate, porque enmudece la realidad de su dolor. Así, el distanciamiento dejaría de ser solamente geográfico para adquirir también una categoría ontológica:

> *La proximidad (del sujeto torturado) que causa simpatía y hace de la tortura algo inaceptable no es la mera proximidad física de la víctima, sino, en su versión más fundamental, la proximidad del prójimo, con toda la carga judeocristiana y freudiana del término; la proximidad de*

---

19. P. Olsthoom y L. Royakkers: «Risks and Robots – Some Ethical Issues», 2014.

algo que, sin importar lo lejos que esté físicamente, está siempre por definición «demasiado cerca».[20]

La comunión de los pilotos con sus instrumentos de lucha alcanza proporciones que no pueden ser comprendidas en caso de reducir toda interacción al estatus de videojuego. Bryant, uno de los pilotos antes mencionados, declara incluso haber soñado en infrarrojos,[21] conque la alta inmersión a la que instiga el aparato llega a colonizar aspectos de la vida del usuario totalmente ajenos al acto de pilotar. Por otra parte, algunos soldados declaran que son capaces de reconocer a quien acciona un robot simplemente mirando al aparato moverse,[22] «literalmente viendo al fantasma del humano biológico en la máquina».[23] La aeronave se impregna de la subjetividad humana, mimetiza los instintos y la personalidad del piloto, mientras que el humano adapta su sensibilidad al régimen visual instaurado por los artefactos, algo que acaba haciendo realmente complicada la tarea de delimitar claramente las fronteras entre el cuerpo biológico de la

---

20. S. Žižek: *Sobre la violencia*, Planeta, Barcelona, 2013.
21. «Dreams in Infrared...», *ob. cit.*
22. «Emotional attachment to robots could affect outcome on battlefield», *UW Today*, 17 de septiembre de 2013.
23. Henderson, *ob. cit*.

persona y el cuerpo mecánico del dron: «Los cuerpos carnosos son desplazados de la batalla, reemplazados por una hibridez de acero y carne».[24] El Predator es un d*emonio insoportablemente* humano, un autómata espectral que existe para dar forma material a los anhelos de dominio del imperialismo en su era contemporánea.

24. *Ibíd.*

La guerra cortocircuitada

Los rehenes y el chantaje son los productos más genuinos de la disuasión. El rehén ha ocupado el lugar del guerrero. Se ha vuelto el personaje principal, el protagonista del simulacro o, mejor dicho, en su pura inacción, el protagonista de la no-guerra. Los guerreros se entierran en el desierto, únicamente los rehenes ocupan el escenario, incluidos todos nosotros como rehenes de la información en el escenario mundial de los medios de comunicación.[1]

Jean Baudrillard

Baudrillard resulta no obstante realmente útil para explorar nuestra propia condición como rehenes de la guerra mundial. Desterrados de la posibilidad efectiva de ser testigos u objetivos

1. Baudrillard, *ob. cit*.

directos de la violencia armada —salvo en ocasiones realmente excepcionales—, nuestra situación ontológica se asemeja ahora a la de un rehén amordazado, expropiado de su derecho a observar y hablar en condiciones de libertad. El dichoso «último hombre» al que se refería Fukuyama para describir al ciudadano anónimo que surfeaba felizmente la *posthistoria* en algún rincón de las sociedades opulentas se revela de este modo como la más cercana realización de la idea de la no-libertad. La soga de los grandes medios de comunicación nos hace dependientes de la voz de nuestros captores, que han cercenado nuestras capacidades sensibles. El «último hombre» no es otro que el que se siente confortable, pese a todo, en esta *penumbra de la consciencia* —situación que interpreta como signo inequívoco de su felicidad—.

Asistimos ciegos al despliegue de los acontecimientos, incapaces de detectar los mecanismos sociales que sigilosamente racionalizan el conflicto bélico en el siglo XXI. «El secreto domina el mundo y, en primer lugar, lo hace como secreto de la dominación»,[2] sentenciaba Guy Debord dos años antes de la publicación del famoso *El fin de la historia y el último hombre* de Fukuyama, en clave bastante menos triunfalista que el segundo.

---

2. G. Debord: *Comentarios sobre la sociedad del espectáculo*, Anagrama, Barcelona, 1990.

La *penumbra*, como proceso de enmascaramiento de los ritos sociales, es el medio que dispone las condiciones apropiadas para asegurar el monopolio del relato —en este caso, del relato de guerra—, porque reproduce en el plano de lo social un *teatro de sombras* en que la luz directa que expone a los actores reales es un episodio harto infrecuente.

El cerrojo de la diminuta Zona Verde planetaria, que mantiene nuestra cotidianidad al margen del insoportable merodear de la violencia armada, es a su vez el embudo que nos impide tomar consciencia de su realidad. La periferia del mundo, sometida a una condición neocolonial tutelada por un militarismo cada vez más agresivo, es deliberadamente apartada de nuestro campo visual. «La verdad de la existencia metropolitana no es visible en la vida diaria de la metrópolis como tal; permanece afuera del contorno que delimita Europa, en las colonias»,[3] porque la necesaria tarea de analizar y elaborar un marco político de los actos de violencia imperialista (puesto que forman parte de un *programa de gobierno* que desmenuzar) es silenciosamente acaparada por la misma maquinaria de Estado responsable de incontables atrocidades en el sur global, la cual se encarga obviamente

3. F. Jameson: «The End of Temporality», 2003.

de «vigilar secretamente lo que es secreto».[4] La realidad de la periferia global no es socialmente reconocible desde los centros de poder imperiales. En Ciudad Esmeralda, la (frágil) apariencia de libertad se levanta precariamente sobre la negación sistemática de los excluidos de la historia.

Es particularmente conocido que la «lógica aeroportuaria» que se ha impuesto como una camisa de fuerza en el ordenamiento de las sociedades opulentas requiere de la identificación y de la patronificación intensificadas de los individuos que habitan —o, mejor, que simplemente «circulan»— en su regazo. Lo que suele pasar desapercibido para determinadas tendencias que centran su total atención en la arquitectura interna de los modernos sistemas de vigilancia es que la estructura del aeropuerto se articula con base en una matriz que, en verdad, es doble: la monitorización permanente del interior requiere en primera instancia de un firme bloqueo exterior frente a intrusos y amenazas. Las alambradas que cercan la infraestructura no solamente impiden el acceso a quienes no muestran las acreditaciones necesarias para entrar a formar parte de tan distinguido club, sino que también imposibilitan el contacto directo con las vidas que se arremolinan al otro lado de las

4. *Ibíd.*

verjas. Y en el seno de una ciudadela obsesionada por el control, que se encomienda al fetiche tecnológico para tratar de predecir hasta el último de los comportamientos humanos, a la realidad exterior no le podía pasar otra cosa que ser tachada de *socialmente peligrosa*, con lo cual permanece retenida en la aduana de manera indefinida, fuera de nuestro alcance o apreciación («la realidad, considerada *parcialmente*, se despliega en su propia unidad general como un seudomundo *aparte*, objeto de la mera contemplación»).[5] El mundo es ahora interpelado e interpretado por los grandes medios de comunicación, «se transmite a domicilio»[6] en forma de gran relato orientalista monolítico que arrincona cualquier experiencia desarrollada al margen de su influjo.

La construcción —social— del aeropuerto como fortaleza inexpugnable, blindada frente a las embestidas de todo tipo de *cuerpos extraños*, es también el elemento que atestigua nuestra situación de indefensión real como rehenes de Ciudad Esmeralda, la capital mundial del no-riesgo: los monitores por los que desfilan incansablemente las noticias del exterior bien podrían estar

---

5. Debord, *La sociedad...*, *ob. cit*.

6. G. Anders: *La obsolescencia del hombre (Vol. I.) – Sobre el alma en la época de la segunda revolución industrial*, Pre-Textos, Valencia, 2011.

emitiendo mundos de ficción sin que nadie pudiera apercibirse de ello desde dentro. El rasgo principal que caracteriza a la existencia humana en la *posthistoria* es que hemos acabado entregando nuestra entera libertad al caprichoso actuar de los *mass media*: «Los parados constituían antaño el ejército de reserva del Capital, nosotros constituimos en la actualidad, con nuestra dependencia de la información, el ejército de reserva de todas las mistificaciones planetarias».[7]

La popularidad en aumento de los canales de 24 horas de noticias certifica tanto nuestra condición de dependencia del relato ajeno como el despliegue atemporal del discurso hegemónico, que nunca cesa de asaltar nuestra consciencia. Transmiten a toda prisa la mismas informaciones que repetirán a los pocos minutos porque no tienen otro objetivo que no sea la persistente interiorización de la ideología dominante (la fingida variedad de los asuntos que componen la «actualidad» es su *aprehensión multidisciplinar*). Para Benjamin, uno de los rasgos fundamentales que caracterizaban la estructura religiosa del capitalismo era «la celebración de un culto *sans trêve et sans merci* ("sin tregua ni piedad"). No hay ningún "día de semana", ningún día que no sea festivo en el

7. Baudrillard, *ob. cit.*

pavoroso sentido del despliegue de toda la pompa sagrada, de la más extrema tensión de los fieles».[8] El ruido del televisor bombea partisanamente la liturgia, que no deja de atosigar a sus fieles; los canales 24 horas son el sacerdote siempre dispuesto a impartir doctrina.

«El imperialismo enmascara y oculta la naturaleza de su sistema»,[9] *fetichiza* su relación con los nodos que soportan su fastuoso tren social desde la sala de máquinas. Al depender económicamente de una guerra colonial sin tregua, precisa de un discurso cargado de violencia simbólica contra las regiones situadas en su punto de mira: es lo que se conoce como «orientalismo», violencia epistemológica que siempre acompaña a la violencia material. En el caso de las guerras en Oriente Medio, Edward Said señaló que «"Oriente" era invocado como un espacio exótico y bizarro, en los confines de lo patológico o incluso monstruoso, un cuadro viviente de extrañeza», construido además como «espacio que debía ser domesticado, disciplinado y normalizado a través de una enérgica proyección del orden del que supuestamente carecía».[10] La retórica sobre el «papel civilizador» de Occidente se asienta sobre un discurso monocorde que pretende hacer pasar

---

8. W. Benjamin: *Capitalismo como religión*, 1921.
9. Jameson, *ob. cit.*
10. E. Said: *Orientalism*, 1978.

a las ciudades de Oriente Medio por un «Estado de naturaleza» hobbesiano en el que la violencia arbitraria se impone en ausencia de un Estado fuerte. El orientalismo es un dispositivo que sirve para legitimar socialmente las intervenciones militares al desposeer de categorías sociales a los países sobre los que se lanza la embestida: la designación política del «Otro» justifica por sí misma una guerra preventiva, expedicionaria y permanente (algo que los que hemos vivido el despliegue de la «guerra global contra el terror» entendemos mejor que nadie).

Pero las consecuencias del discurso orientalista no terminan allí. Una sociedad despojada de categorías políticas que la definan —excepto por la hegemonía social del «Otro»— es igualmente una sociedad en la cual la figura del *civil* ha sido finalmente eliminada, de algún modo asfixiada por el ansia homicida de un imperialismo rendido al fetiche tecnológico. «En la dimensión virtual, la distinción entre combatientes y no combatientes, participantes y no participantes, observadores y observados, se hace borrosa.»[11] La llamada guerra «total» también libra pues una lucha sin descanso contra la tradicional distinción entre «civiles» y «combatientes»: *coloca su mirilla sobre la cabeza de ambos*. Incluso aquí el programa dron

11. D. Betz: «The virtual dimension of contemporary insurgency and counterinsurgency», 2008.

de Estados Unidos se revela como la más avanzada aplicación de la doctrina contrainsurgente: los analistas del Pentágono encargados de supervisar el número total de muertos por los ataques utilizan un singular modelo de medición, según el cual *todos* los hombres en edad de combatir que se encuentren cerca de la zona de impacto del misil pasan a ser automáticamente calificados como «combatientes».

El aura «ecológica» con la que se pretende rodear al Predator cuando se hace referencia al bajo número de civiles muertos —o «daños colaterales»— debido a su violencia es producto de un proceso contaminado desde un primer momento, en el que la ausencia de elementos que definan al «civil» recrea una tramposa simulación en la que solamente un «Otro» es realmente golpeado. Dado que «Oriente» como construcción social es un lugar manifiestamente *antipolítico* salvo por aquel «Otro» que lo habita, las muertes que se produzcan en su seno no serán otras que las de este fantasmal enemigo. Con las campañas dron de Estados Unidos se certifica que en tiempos de guerra «total», tanto combatir como «ser considerado» combatiente basta para ser expropiado del derecho a una tutela judicial efectiva. Por eso los drones militares inauguran una era *post-presunción de inocencia*, antaño garantía de la persona frente a las arbitrariedades del Estado. El

Predator es, con todo, la horrorosa figura que se aparece tras la rabiosa suspensión de los derechos democráticos.

Si el rehén «se ha vuelto el personaje principal, el protagonista del simulacro, o mejor dicho, en su pura inacción, el protagonista de la no-guerra»,[12] es porque el escenario de una «guerra irreal» que únicamente puede concebirse en su mente ha sido cuidadosamente preparado por una inmensa acumulación de ritos sociales que ocultan o «virtualizan» su insoportable realidad. En esta serie de procesos, los drones desempeñan un importante papel como amparadores/emperadores de la violencia imperialista. Anders criticaba la arquitectura exterior de las centrales nucleares, puesto que su aspecto inocuo disimulaba la posibilidad de una guerra nuclear; los drones ofrecen desde su contexto una imagen de la guerra ajena a derramamientos salvajes de sangre y erosionan la consciencia social de estar participando en una. Y una guerra que se presenta ausente de masacres de cualquier tipo dificulta enormemente la tarea de vertebrar una oposición política a la misma, lo que ha acabado por «disminuir el precio» de llevarla a cabo. Nuestro futuro inmediato plantea, por consiguiente, el aumento cuantitativo de las guerras (aunque no

12. Baudrillard, *ob. cit.*

sean reconocidas como tales por las instituciones que las perpetrarán).

A menudo se acusa a la denominada «guerra dron» de ser una guerra «invisible» por la falta de cobertura mediática que suele recibir. Calificarla como tal es obviamente acertado, siempre y cuando se piense esta ausencia de visibilidad como procedimiento deliberadamente planificado, no como algo espontáneo o «natural». En la Zona Verde planetaria no solamente no se sufren las consecuencias humanas de estar librando una guerra en medio mundo, sino que *no se quiere saber nada de ella*. Exponer la propia vida por la defensa de la patria, aprobar grandes partidas presupuestarias para costear guerras al otro lado del globo, aceptar sin resistencia el despliegue de tropas en territorio enemigo... son valores que han dejado de cotizar al alza en la mayoría de nuestras sociedades. Incluso en Estados Unidos, el silencioso retorno de las tropas desplegadas en Iraq dentro de ataúdes bastó para generar un caldo de cultivo de repulsa social a la guerra. No todo iban a ser buenas noticias para el militarismo: el «último hombre» que describe en este caso un certero Fukuyama... es un *pacifista*.

Pero no es un pacifista cualquiera. Nada tiene que ver con los movimientos de protesta contra la barbarie interimperialista de la Primera Guerra Mundial («nosotros [...] estamos convencidos de

que el militarismo desaparecerá del mundo únicamente con la destrucción del Estado de clase capitalista»)[13] o con los movimientos contra la guerra del Vietnam, que la vinculaban necesariamente a los intereses imperialistas de Estados Unidos. El pacifista moderno no pasa de ser un espectador converso, acaso un espectador sensible al que le disgusta contemplar imágenes de violencia descarnada (las restricciones en materia de exposición mediática de personas malheridas o muertas por la guerra son un buen ejemplo de la instauración de un periodismo «para todos los públicos»). Adoptar la lógica representacional en lo que concierne a la lucha por la paz equivale a renunciar a la destrucción de los engranajes que producen la guerra imperialista en favor de demandas por una programación *más ética*: los drones surgen en un escenario de reticencia social al despliegue de tropas físicas para cumplir con esta misión. Si bien hemos comprobado que el Predator no virtualiza la relación del piloto con sus objetivos, sí que virtualiza la relación de nosotros *como sociedad* con la guerra.

El dron vuelve a tranquilizar la consciencia del pacifista al obligar al monstruo de la guerra a regresar al territorio que le corresponde, bien lejos de la Zona Verde global. En el contexto inmediatamente

---

13. R. Luxemburgo: *Utopías pacifistas*, 1911.

posterior a las derrotas imperiales en Afganistán e Iraq, lodazales de los que el ejército estadounidense ha intentado escapar casi desde el mismo momento en que los invadió, enviar tropas militares supone una decisión políticamente muy controvertida, que acarrea funestas consecuencias electorales. Con el dron se sigue practicando la guerra mundial sin tener que exponerse al control democrático o al escrutinio social. Se responde así al proceso de fetichización que ha acabado por engendrar una generación de pacifistas recelosos de la violencia armada superponiendo una capa adicional de fetichismo, que suprime el sentimiento social de estar participando en una guerra al dejar de requerir sacrificios humanos que sacien su apetito voraz.

La «cultura del armamento», aunque históricamente anterior a la irrupción de los drones armados, cumple también su función en la encrucijada global por la guerra. Corresponde a la industria del entretenimiento la tarea de normalizar entre el gran público el uso de drones. *Capitán América: el soldado de invierno* reivindica el *ethos* del guerrero en un escenario tecnologizado, mientras que *Iron Man 2* advierte de los peligros de que un terrorista «Otro» consiga *hackear* la señal de los aparatos; el videojuego *Call of Duty: Black Ops II* da cuenta de la miseria ontológica del soldado en el marco de una guerra futurista emplazada en el año 2025, repleta de artilugios no tripulados; *Homeland*, por su

parte, pasa de ser una persistente justificación del estado de «paranoia social» en torno a un espectral «Otro» capaz de esconderse en cualquier parte de la jerarquía social —el ABC de la guerra contra el terror— a defender el «imperativo moral» de protección de la «seguridad nacional» que obliga a «The Drone Queen»[14] a disparar contra una finca en la que mueren «accidentalmente» cuarenta civiles aparte del objetivo. «Militarizar las mentes» en el siglo XXI es un proceso que se encomienda a la presentación triunfalista de la tecnología militar moderna, que considera a los drones su «buque insignia» por sus afinadas capacidades letales, de ahí su popularidad en ascenso en la cultura de masas.

A pesar de todo, el influjo seductor de los productos de la «cultura del armamento» no resulta suficiente como para despertar en nuestras sociedades una «movilización total» favorable al conflicto militar (las masivas movilizaciones de rechazo a la guerra de Iraq demuestran justamente lo contrario). En sus reflexiones sobre el concepto de «no-guerra» (posicionamiento del que nos hemos distanciado por ignorar la violencia sistematizada que se lanza contra los excluidos del mundo),

---

14. Distinción que decora la tarta de cumpleaños de la agente de la CIA Carrie Mathison en el primer episodio de la cuarta temporada, tras ordenar un ataque con drones en Pakistán.

Baudrillard glosa no obstante una particular tendencia social: la del «temor obsesivo a todo lo real, a cualquier acontecimiento real, a cualquier violencia real, a cualquier goce demasiado real».[15] La experiencia atroz de las dos grandes guerras intraeuropeas junto a la lógica de la representación han terminado por instituir una especie de «identidad europea» que no gusta de participar —al menos, directamente— de la violencia militar. Tanto la profesionalización de los ejércitos como la gradual delegación en el fetiche tecnológico han sido algunas de las respuestas a la profunda crisis de la institución militar.

A lo sumo, el empuje de la «cultura del armamento» nos puede convertir en espectadores de un Sderot Cinema siempre y cuando sea intercedido por medios audiovisuales. «Sderot Cinema» es el nombre que el periodista Allan Sørensen le dio a una fotografía tomada durante la ofensiva de julio de 2014 del ejército de Israel sobre Gaza. La imagen mostraba a unas pocas personas que se habían encaramado a un pequeño monte desde el que contemplaban el bombardeo sobre la Franja. Equipados con precarias sillas de plástico y refrescos con gas, los individuos aplaudían cada vez que escuchaban las explosiones, como si se tratara de

15. Baudrillard, *ob. cit.*

un gran evento deportivo del que eran sus privilegiados espectadores. Lo curioso es que en una sociedad ultramilitarizada como la israelí no fue necesaria pantalla alguna para que la humanidad viviera «su propia destrucción como un goce estético»[16] —puesto que de ello se ocupan otros mecanismos sociales—.

Parte de la polémica generada por la fotografía, tuiteada en tiempo real por el periodista, vino de hecho de esta ausencia total de medios tecnológicos al visionar la masacre, algo claramente secundario para la sociedad israelí. Aquella indignación —genuinamente europea— con la imagen se generó debido a la ofensa que supone para la mentalidad *pacifista* pararse a visionar violencia descarnada, sin una maquinaria que la module en clave audiovisual. Los discursos de una supuesta «no-guerra» surgida de las cenizas de la violencia material, saturada ahora por el simulacro atenuado de las transmisiones de datos en tiempo real («contra esta obsesión por lo real hemos creado un gigantesco dispositivo de simulación que nos permite pasar a la acción *in vitro*. A la catástrofe de lo real preferimos el exilio de lo virtual, cuyo espejo universal es la televisión»),[17] quedaron des-

16. Benjamin, *La obra de arte...*, *ob. cit.*

17. Baudrillard, *ob. cit.*

acreditados por la realidad de la contemplación carente de pantalla.

Debord, en la quinta tesis de *La sociedad del espectáculo*, precisaba algo que ha pasado extrañamente desapercibido por un buen número de teorías más o menos afines, lo cual seguramente explique en parte la confusión:

> *No debe entenderse el espectáculo como el engaño de un mundo visual producto de las técnicas de difusión masiva de imágenes. Se trata más bien de una* Weltanschauung *[«contemplación del mundo»] que se ha hecho efectiva, que se ha traducido en términos materiales. Es una visión del mundo objetivada.*[18]

«Sderot Cinema» atestigua pues que la lógica de la representación, como tendencia a visualizar, excede ampliamente el elemento tecnológico. Pero sigamos desentrañando su aplicación en la guerra en el siguiente capítulo.

---

18. Debord, *La sociedad...*, *ob. cit.*

Violencia desde la cámara oscura

Al restringir los gobiernos y los medios de comunicación lo que podemos ver, ¿no están restringiendo también los tipos de pruebas que puede tener a su disposición el público para poder emitir juicios sobre la conveniencia y el curso de la guerra? Si, como sostiene Sontag, la noción contemporánea de atrocidad exige pruebas fotográficas, entonces la única manera de establecer que la tortura ha tenido lugar es presentando dichas pruebas, en cuyo caso las pruebas constituyen el fenómeno.[1]

Judith Butler

---

1. J. Butler: *Marcos de guerra: Las vidas lloradas*, Paidós, México, 2010.

«La toma que se ve más alterada es la que muestra a unos yihadistas realmente altos al lado de cristianos enanos [...]. A la escena que aparentemente muestra el mar volviéndose rojo por la sangre de los decapitados se le han aplicado obviamente efectos especiales», sentencia la directora de cine de terror Mary Lambert al ser preguntada por uno de los últimos vídeos difundidos por el Estado Islámico (ISIS), en el que supuestamente 21 rehenes son decapitados a orillas del Mar Mediterráneo.[2] De sus palabras se desprende una consecuencia que no puede pasar inadvertida: *que las producciones de ISIS se hallan ya reconocidas como un producto cultural por la industria cinematográfica hollywoodiense*. Inexactitudes en los planos, uso demasiado visible del croma, efectos especiales sobrecargados... Lambert critica la obra que desfila ante sus ojos, revela los fallos de la filmación. Pero al hacerlo admite encontrarse ante el producto —nada torpe además— de un *colega de profesión* en su etapa novel. A través de sus aberrantes creaciones, ISIS se ha confesado al mundo como alumno aventajado de Hollywood, que ahora le reconoce como tal. Cuenta incluso con sus propias productoras asociadas, Al Hayat Media Center y Al Furqan, cuyos logotipos son parte inseparable de las grabaciones.

---

2. «ISIS' army of 7-footers? Experts say video of Copt beheadings manipulated», Fox News, 21 de febrero de 2015.

Con todo, la naciente industria cinematográfica de ISIS no puede ser vista en Occidente de otro modo que como una competencia ilegítima. Ha ocupado sin pedir permiso el espectro audiovisual, consciente de su notable capacidad de influencia en las guerras del nuevo milenio. Si bien Eyal Weizman hablaba en su célebre *Hollow Land* de cómo el ejército israelí había adoptado para sí algunos de los métodos de lucha de la guerrilla palestina para desenvolverse mejor en el espacio urbano, aquí nos encontramos frente a la situación contraria: ciertos actores no estatales sin un comando central visible han aprendido no solamente a manejar determinados instrumentos de captación de imágenes —lo cual no esconde secreto alguno—, sino que han incorporado entre sus arsenales la laboriosa tarea de la edición de vídeo, algo que antes era un privilegiado monopolio de la industria audiovisual de Occidente. Las siglas de ISIS han sido identificadas como amenaza global una vez habiendo admitido —y celebrado— la primacía social de la imagen: cada una de sus monstruosas grabaciones es, pese a su barbarismo aparente, una oda inconsciente, o no, a las nuevas tecnologías audiovisuales.

ISIS no es, por mucho que sus atrocidades pretendan sugerir lo contrario, un grupo de salvajes dignos de la Edad Media. El nivel de meticulosidad de sus vídeos, la riqueza de planos, un trabajo de realización que no puede ser calificado de

otra manera que *excelente*... revelan —muy a su pesar— preocupaciones propias de una mentalidad *genuinamente ilustrada*. Discursos supuestamente arcaizantes como el de ISIS quedan completamente desacreditados por su fascinación por las modernas tecnologías de la imagen. Slavoj Žižek lo expone en clave más global destacando que «el problema no es la diferencia cultural (su esfuerzo [el de ISIS] por preservar su identidad), sino el hecho opuesto de que los fundamentalistas son *ya* como nosotros, de que, secretamente, ya han interiorizado nuestros valores y se miden a sí mismos según esos valores [...] los yihadistas no son medievales, *están conformados por la moderna filosofía occidental*»[3] (la cursiva es mía). La guerra santa del siglo XXI se escenifica para la lente de una cámara, lo que convierte a los «cruzados de la Yihad» en actores: «*nuestra época* prefiere la imagen a la cosa, la copia al original, la representación a la realidad... Para ella, *lo único sagrado es la ilusión* [...]»[4] (la cursiva es mía), apuntaba Ludwig Feuerbach refiriéndose a su propio tiempo, en pleno 1841. Cualesquiera que sean las barbaridades que ISIS pueda mostrar al mundo, se representan con vistas al consumo

---

3. S. Žižek: *Islam y modernidad – Reflexiones blasfemas*, Herder, Barcelona, 2015.

4. L. Feuerbach: *La esencia del cristianismo*, 1841.

cultural de la ciudadanía de los centros de poder imperiales (en este sentido, no se diferencian en nada del cine de terror), cosa que confirma su condición de pantomima teatralizada (una pantomima que sin embargo ellos mismos se toman muy en serio: pese a las discrepancias formales, lo único sagrado sigue siendo la *ilusión*).

ISIS diseña una estafa estructurada digitalmente, en donde «el mentiroso se engaña a sí mismo»[5] (porque cree estar dando testimonio de una violencia desenfrenada al tiempo que somete cada uno de sus movimientos a las exigencias de un guión cuidadosamente pautado; ¡no nos quepa duda de la existencia de tomas falsas y otros accidentes de rodaje!), pensada como producto cultural *exótico.* Una hipotética recopilación de los múltiples *sketches* protagonizados por los guerreros de ISIS en los últimos meses cumpliría con casi todos los requisitos para la obtención de un Óscar a la mejor película extranjera, con el único impedimento de que la Academia obliga a que los filmes aspirantes utilicen en ese caso una lengua distinta al inglés (para sorpresa de nadie, el idioma predilecto de los vídeos: ante todo, se quiere liberar de trabajo al espectador). Apuntaba Benjamin que «no hay documento de cultura que

5. Debord, *La sociedad...*, *ob. cit.*

no sea a la vez documento de barbarie»:[6] el desafío audiovisual lanzado por ISIS simboliza mejor que cualquier otro esta doble condición. El producto final confunde, por su meritorio trabajo de realización, los límites que separan lo atroz de la cultura de masas: después de todo, lo que nadie puede negar es que ISIS no se haya creado a pulso una reputación casi de la nada en un contexto social completamente saturado por los medios audiovisuales, siendo sus monstruosas creaciones consumidas a escala masiva en la gran sala de cine independiente que es Internet. Su inhumanidad desmedida ha conseguido inquietar, en parte, a un público ampliamente familiarizado con la contemplación de todo tipo de horrores a través de una pantalla: ofrece un producto tan sumamente execrable para la consciencia occidental —decapitaciones a sangre fría sin restricción alguna, violencia que se ejerce sin cortapisas— que no podía cosechar otra respuesta que una masiva atracción social por el visionado de tan deleznable material.

Pero ISIS trabaja sin descanso para demostrar al mundo de lo que es capaz. Cada grabación forma parte de un mismo combate simbólico contra Occidente, el único del que se sabe ganador *a ciencia cierta* (la racionalidad que le empuja a eludir el

---

6. W. Benjamin: *Tesis de filosofía de la historia*, 1940.

choque de fuerzas revela también en este caso una mentalidad puramente cartesiana, que nada tiene que ver con su supuesta imagen de tradicionalistas ajenos a la Ilustración). Isis se contenta con difundir apariencias —«nuestra época prefiere [...] la representación a la realidad»—,[7] que ensalza como si de victorias se trataran para dar alas a sus fines propagandísticos en el mundo virtual. El ejemplo de los numerosos «voluntarios occidentales» entregados a la causa, que renunciaron a su vida ordinaria *en bloque* para viajar como combatientes a Siria tras entrar el contacto con el grupo vía Internet, ¿no es acaso la prueba del éxito rotundo de una estrategia de *marketing online*? Parece que ni siquiera los teóricos portavoces del pensamiento antiilustrado han podido renunciar a la tentación de los estudios de mercado para las redes sociales, espacios de socialización —y por tanto, de politización— del siglo xxi. La delimitación de un *target* bien definido —jóvenes de entre 18 y 25 años, según atestiguan los medios—, la inmersión modulada en el medio virtual, vídeos que funcionan como *banners* publicitarios, la existencia misma de un *programa de captación de socios* —que probablemente nunca antes pensaron seriamente en alistarse—... remiten a un plan de *marketing*

7. Feuerbach, *ob. cit.*

completamente desarrollado, que por supuesto es ajeno a un salvajismo sin causa. En su estrategia comunicativa, ISIS ha abrazado las agresivas técnicas de la mercadotecnia neoliberal con tal de asegurar la venta final de su producto, el cual cotiza innegablemente al alza. Y la rápida notoriedad adquirida por ISIS es algo que a buen seguro no tardará en llamar la atención de algún gurú del neoliberalismo, impresionado por las aptitudes profesionales de su «departamento de *marketing*».

Conocedor de sus nada desdeñables habilidades para la industria audiovisual, ISIS no pretende en su pugna contra Occidente —al menos por ahora— ir más allá de una sucesión de tráilers metódicamente trenzados que acaban por no desvelar nada acerca de una eventual *superproducción*. En la era de YouTube, el elemento audiovisual se erige en un campo de batalla más de una guerra multiplataforma. Sus innegables cualidades propagandísticas explicarían la propensión del Estado Islámico a desarrollar su propia «narrativa digital», que de hecho se termina solventando siempre de la misma manera, con sus feroces guerreros degollando sin piedad a sus enemigos: su concomitancia con Hollywood es tal que sigue pecando de insoportablemente predecible al tener sus producciones un particular *final feliz* preasignado, que no deja lugar a la incertidumbre. Quiere resolver sin dar pie a matices, porque a fin de cuentas nunca deja

de tratar con espectadores, a los que no se les debe dejar margen de interpretación autónoma: busca el impacto, el *shock* —visualmente sugerente— antes que explicar el contexto —que permanece velado—. Lo realmente peligroso de ISIS reside en que ha captado demasiado bien el discurso sobre la violencia emitido por la industria de entretenimiento euroamericana y lo ha asumido como propio, aplicando su bestialidad a su entorno real. Aquella «militarización de la consciencia colectiva» promovida por el complejo militar-industrial-mediático-de entretenimiento se revuelve ahora contra Occidente como si fuera el monstruo de Frankenstein. ISIS ha sido considerado una amenaza desde el mismo momento en que ha comprendido el dominio de la imagen en el plano social pero no la ha rechazado, sino que la ha subvertido para sus propios fines: es la reapropiación para la Yihad del *détournement* situacionista.

Pasemos ahora a un plano más general. Žižek defiende que «la radicalidad insólita de ISIS reside en el hecho de que no enmascara su brutalidad, sino que la despliega abiertamente».[8] Lo impactante es que la violencia se exhibe sin filtros —salvo por los filtros de la cámara—, cuando la tendencia hasta ahora había sido la contraria —con ciertas

8. Žižek, *ob. cit.*

excepciones—. La política representacional de ISIS funciona como testimonio de unos crímenes que se llevan a cabo orgullosamente, que aspiran a ser archivados en la memoria colectiva. ISIS admite el discurso hegemónico y le dice al mundo que, efectivamente, no tiene nada que ocultar. La objetivación social del secreto junto con la popularidad en auge de los dispositivos de captación y difusión de imágenes ha acabado por generar un actor social que pretende infundir terror sirviéndose de las poderosas capacidades de tales medios. La *streamización* de la vida despliega también un concepto *transparente* de violencia, que al fin y al cabo es lo que siempre se le había exigido a los excluidos desde los centros de poder: «¡Si no haces nada malo, no tienes por qué esconderte!». Por mucho que los verdugos de ISIS lleven máscaras al cometer sus atrocidades, en tanto que organización aspiran a ser claramente identificables (el sello de la productora que precede a los vídeos acredita el valor diferencial del producto que se consume y cumple el rol social del anuncio: «¡No se fíe de otras marcas!»). Si los soldados de ISIS se tapan la cara seguramente no será por esconderse, sino porque combinado con sus uniformes de guerra dan una imagen de cuerpo social férreamente estructurado, carente de sujetos autónomos (puesto que todos son realmente el mismo, basta con mirar sus atuendos iguales). Protagonizar las grabaciones es una tarea que le

corresponde en todo momento a ISIS, no a sus miembros individuales (no obstante, la existencia de un «capitán» con ropas distintas a las de sus congéneres, que es además el encargado de interpelar al espectador, revela otra muletilla del cine de Hollywood, que depende de la filiación emocional del espectador con el personaje principal).

Al renunciar conscientemente a la posibilidad material de borrar el rastro de sangre que los liga a sus prácticas criminales (ya que las grabaciones actúan como testigos mudos pero imborrables), ISIS anuncia que, en cualquier caso, no se va a arrepentir de nada. Más bien al contrario: su violencia persigue ser reconocida como referencia —amenaza— global, rehúsa la opción de quitarle relevancia o disimularla para suscitar apoyo social, rechazando categóricamente tal posibilidad. Sus vídeos son, igualmente, *actos de confesión*. Si ISIS ha logrado su objetivo de *sembrar el terror* ha sido produciendo un determinado marco visual de su lucha, que se caracteriza por la representación orgullosa de una violencia atroz. La naciente «industria cinematográfica» de ISIS —como alumna predilecta de Hollywood— surge para ser la competencia del persistente bombardeo visual impuesto por el complejo militar-industrial-mediático-de entretenimiento de Occidente. Celebra los caminos abiertos por la imagen digital en movimiento, pero sin embargo se opone, supuestamente, a los valores de

la «Nación de la Cruz»:[9] ISIS es el enemigo «Otro» de *American Sniper*, que ahora también produce películas para dar luz a su causa. Es el rival de la maquinaria de entretenimiento y propaganda de Hollywood desempeñándose de forma terriblemente hábil en territorio enemigo.

La importancia de los «marcos de guerra» no es un asunto baladí. Explica Judith Butler que «una vez que reconozcamos que esos "marcos" mediante los cuales se afirman o niegan tales necesidades hacen posibles las prácticas de la guerra, tendremos que concluir que los marcos de la guerra forman parte de lo que constituye la materialidad de la guerra [...] lo que sentimos está en parte condicionado por la manera en que interpretamos el mundo que nos rodea; la manera en que interpretamos lo que sentimos puede modificar, y de hecho modifica, el sentimiento como tal».[10] La manera en que se representa socialmente la violencia es algo especialmente relevante en nuestra cultura audiovisual, hasta el punto de que la propia Butler afirma que «las representaciones mediáticas ya se han convertido en modos de conducta militar. Así, no hay manera de separar, en las condiciones históricas actuales, la realidad

---

9. Término con el que ISIS se refiere ocasionalmente al mundo occidental.

10. Butler, *ob. cit.*

material de la guerra de los regímenes representacionales mediante los cuales opera y que racionalizan su propio funcionamiento».[11] La radicalidad del postulado reside en una desdiferenciación absoluta del campo de batalla *real* y del campo de batalla *representacional*: ver es un aspecto más del combate, es ya una forma de combatir (en un plano más técnico, se entiende que la forma en que vemos es una construcción cultural en vez de una simple capacidad biológica). ISIS recrea marcos visuales no tanto para causar afinidad con su barbarie (evidentemente, las decapitaciones a sangre fría no generan simpatía social alguna), sino para erigirse en total oposición a los hegemónicos. Golpea sin titubear donde el público acomodado del Primer Mundo menos quiere, porque muestra una violencia descarnada que el imperialismo había decretado obsoleta o inexistente. El acto de secuestrar periodistas occidentales para exhibirlos como un trofeo de caza al cual se degolla para el gozo de las cámaras contiene un mensaje tácito: «Ni siquiera *vosotros* estáis a salvo». Con su salvajismo transmitido en forma de *reality show* macabro, ISIS ejerce para la consciencia occidental el papel de recordatorio de la irreductibilidad de aquella violencia a la que se pretendía haber expulsado de los

11. *Ibíd.*

núcleos de poder, de ahí que su mera presencia sea motivo de pánico.

ISIS es el espectro del padre desaparecido que se aparece ante el príncipe Hamlet, el *revenant* («fantasma», pero también «retornado») que regresa para horror de quienes lo enterraron y lo creían muerto. Todas las ilusiones depositadas en la ficción de una época posthistórica, en principio caracterizada por la rebaja sustancial de la amenaza violenta, han caído en saco roto (o mejor, han sido desmitificadas por la ausencia de fundamentos reales sobre los que asentarse). La posthistoria, esto es, *la vida feliz carente de violencia política*, se revela como una construcción social especialmente frágil, rebatida tanto por la realidad de la violencia global ejercida por Occidente (de la que podemos tener constancia gracias a las modernas tecnologías de las telecomunicaciones) como por los sangrientos atentados que golpean cíclicamente los centros de las megalópolis imperiales en forma de coches bomba, tiroteos o brutales explosiones en el espacio civil. Cada atentado que sacude nuestra consciencia (y lo que hace ISIS no es otra cosa que atentados procesados digitalmente) fractura aún más los cimientos de la pretendida posthistoria. Derriba a martillazos la mistificación recreada desde la Zona Verde planetaria, la cual se había erigido amparándose en la fortificación de las fronteras y en las teorías sociales que anunciaban el

final de los conflictos armados con el colapso de la Unión Soviética.

Pero de la misma forma que ISIS estructura sus «marcos de guerra» en formato digital cara a la difusión masiva de las imágenes (cualquier publicidad resulta siempre insuficiente para una *empresa en pleno crecimiento*), Occidente hace lo propio con su «no-marco» (que sigue siendo no obstante un «marco de guerra» notablemente peligroso, quizás incluso más que el planteado por ISIS, porque impide desarrollar una consciencia sensible capaz de documentar una a una las atrocidades del poder). Al pretender que la propia violencia «no existe» (o que se lleva a cabo «bajo los estrictos estándares humanitarios», que siempre son casualmente «los mínimos posibles»), se instaura la tramposa figura de una guerra «ecológica», preocupada por minimizar lo que llama «daños colaterales», a los que realmente categoriza como un «no-evento» continuado y dilatado en el tiempo. El reguero de sangre de las víctimas «colaterales» del conflicto es así expropiado de cualquier interés real. De hecho, con su preocupación fingida lo que hace es transformar su condición ontológica de seres humanos a «cifras» que debieran reducirse para seguir así aproximándose a la idea final de una «guerra completamente racionalizada»: las muertes «no deseadas» reafirman, en vez de desincentivar, al imperialismo en la busca de nuevos

conflictos. Si toda violencia contiene un trasfondo social más amplio que cabe desentrañar, también la «violencia quirúrgica» de Occidente, la que se presenta de forma inocente —o que ni siquiera se llega a presentar públicamente— debe ser objeto de un estudio pormenorizado, de manera que se descubran las razones por las que se presenta a la opinión pública de ese modo y no de otro.

Afirma Gregory que «las guerras siempre han sido moldeadas por campos visuales, los cuales se han convertido en más importantes que nunca bajo el signo de una Ciencia —la Revolución en los Asuntos Militares y sus proyectos sucesores— que enfatiza el rol de la imaginería digital en la vigilancia y el reconocimiento que supuestamente aseguran la alta precisión que caracteriza a los ejércitos avanzados. Estos campos visuales son más que recintos que separan lo que es visto de lo que no puede (o no debe) ser visto, porque su fuerza destructiva depende de un poder productivo no menor».[12] La Revolución en los Asuntos Militares otorga una importancia capital a las nuevas tecnologías de la imagen, que mediante los «campos de visibilidad» múltiples suministrados por todo tipo de dispositivos de control conceden una idea bastante apurada del territorio que dominar («un

---

12. D. Gregory: «Seeing Red: Baghdad and the event-ful city», 2008.

mecanismo de control capaz de proporcionar a cada instante la posición de un elemento en un medio abierto, ya sea un animal dentro de una reserva o un hombre en una empresa»).[13]

Con el advenimiento de las tecnologías de la imagen, el acto de salir al encuentro del enemigo deja de estar sometido al imperativo de la fuerza física, del asalto —que tradicionalmente había sido delegado a los destacamentos militares— para pasar a un estadio de ubicuidad, con sistemas diseñados para rastrear y clasificar silenciosamente tanto la posición como el comportamiento de los individuos que se encuentran en el entorno en el que estas tecnologías han sido desplegadas. Nunca debemos dejar de tener presente que la de Iraq, pese a la «versión mediática oficial» del conflicto (ruedas de prensa desde la securizada Zona Verde que lo transmitían en forma de mapas asépticos, despolitizando el drama humano real), fue una guerra grabada en todo momento por las fuerzas ocupantes (destaca el empleo de cámaras tipo GoPro, colocadas en el casco de los soldados estadounidenses, herramientas originariamente destinadas a la contrainsurgencia que ahora están teniendo un auge considerable entre las policías civiles). La sola mención de

---

13. G. Deleuze: «Post-scriptum sobre las sociedades de control», 1992.

la Tactical Ground Reporting Network (TIGR), una compleja red social de tipo militar («un ensamblaje militarizado de Google Earth y una Wiki, al cual las tropas suben sus propias imágenes digitales, vídeos y observaciones a pie de campo para producir una base de datos colaborativa»)[14] revela hasta qué punto la invasión de Iraq generó un monumental archivo gráfico que ha sido deliberadamente escondido y apartado de la luz pública. Butler da en el blanco cuando dice que los regímenes representacionales son los que acaban articulando el funcionamiento —tanto el desarrollo como la percepción social— de la guerra misma: el «marco visual» ofrecido por las fuerzas invasoras limitó conscientemente la publicación de materiales gráficos sobre la carnicería que se estaba llevando a cabo (maniobra política manifiesta que tenía por objetivo expropiar de razones a los masivos movimientos de oposición). Resulta evidente que los Estados modernos aspiran a emular en la medida de lo posible la situación de «*trust* narrativo» del que gozó Estados Unidos en Iraq; la ventajosa capacidad de determinar los marcos de lo visible es de una importancia capital en el combate mundial por la conquista de la opinión pública.

---

14. D. Gregory: «Dis/Ordering the Orient: scopic regimes and modern war», 2012.

Pensemos ahora en la campaña de asesinatos selectivos mediante drones en Oriente Medio: una guerra que nunca ha sido declarada, sin protagonistas claramente identificables a los que imputar los crímenes ni víctimas a las que poner rostro debido a la ausencia generalizada de imágenes... ¿No es acaso una pugna tallada según los anhelos monopolísticos de Occidente? Frente al desafío simbólico de ISIS, que requiere de un espectacular despliegue de medios para simular una fortaleza de la que realmente carece, el imperialismo responde esquivando cualquier connotación mistificadora, enmudeciendo el campo de batalla, renunciando conscientemente a la exposición mediática de su violencia. Contar con una supremacía armamentística real —como es el caso de Estados Unidos— hace que el duelo meramente simbólico —basado en patéticos trucos de cámara— devenga superfluo, conque conviene distanciarse lo máximo posible para evitar que el propio poder de muerte —superior cuantitativamente a cualquiera que pudiera tener ISIS— *salga a la luz pública*. La contrainsurgencia contemporánea opta por una política del silencio, porque gusta de extenderse sin hacer ruido por todo el cuerpo social: la doctrina operacional de las guerras del nuevo milenio está planteada en estos términos. En esta «matriz global de violencia», Stephem Graham detecta que «más que el "choque de civilizaciones" de Huntington, lo

que aquí emerge es el "choque de barbaries" de Gilbert Achcar. Ciertamente, en muchos sentidos terrorismo y contraterrorismo están unidos por un mismo cordón umbilical. Al final, son figuras que demasiado frecuentemente tienden a autoperpetuarse, sostenidas por el reflejo de sus geografías imaginadas».[15] Las medidas impuestas con la «guerra global contra el terror» se han alimentado indudablemente de la creación de la imagen del terrorista «Otro», mientras que ISIS utiliza la figura de Occidente para justificar sus masacres, cualesquiera que sean. Vivimos un «choque de barbaries» en el que ambas formas de ejercer violencia aparentan rechazarse de forma radical, pero realmente se complementan a la perfección.

Pero la guerra dron no es solamente «invisible», es también «quirúrgica», según su propia definición. Barack Obama describió la actual ofensiva como «acciones letales, determinadas, contra Al Qaeda y sus aliados, incluyendo aviones operados remotamente, conocidos normalmente con el nombre de "drones". [...] Después de Afganistán, tenemos que definir nuestro esfuerzo no como una "guerra global contra el terror" sin límites, sino más bien como una serie de esfuerzos localizados, precisos, para desmantelar redes específicas de

15. Graham, *Cities under siege...*, *ob. cit.*

extremistas violentos que amenazan América».[16] Abandonaba así la retórica extremadamente belicista de su predecesor, George W. Bush («nuestra guerra contra el terror empieza con Al Qaeda, pero no termina allí. No acabará hasta que cada grupo terrorista de alcance global sea encontrado, detenido y derrotado»),[17] la cual había generado un sentimiento colectivo de «guerra interminable» que le hizo perder respaldo social conforme se prolongaba en el tiempo. Con la experiencia de Afganistán e Iraq, el Partido Demócrata entendió que debía plantear los nuevos conflictos de manera distinta si quería anestesiar la amenaza que siempre supone una sociedad conscientemente movilizada contra la guerra. El marco interpretativo de la pugna es uno de los factores primordiales que condiciona la capacidad de reacción social, por eso mismo «las representaciones mediáticas ya se han convertido en formas de conducta militar».[18]

Desde el mismo momento en que los Predators desplegaron sus vuelos letales, se instauraron las condiciones para poner en práctica una «guerra de nuevo cuño», denominada «quirúrgica». Esta

---

16. Discurso pronunciado en Fort McNair, el 23 de mayo de 2013.

17. Discurso pronunciado en una sesión del Congreso de Estados Unidos, el 20 de septiembre de 2001.

18. Butler, *ob. cit.*

nueva fase de la «guerra global contra el terror» ha comportado un aumento muy marcado de los ataques con aeronaves no tripuladas (la fundación New America atribuye a la administración Obama un total de 457 ataques sumando Pakistán y Yemen, mientras que cifra en 48 los de la era Bush).[19] Obama pretende distanciarse del sentimiento de «guerra abstracta» que pareció envolver las acciones del anterior gobierno para apostar por una «guerra de baja intensidad» —supuestamente milimetrada o «quirúrgica»— contra los «grupos de extremistas que amenazan América».

La reticencia social a embarcarse en nuevas campañas de violencia política con el sello del imperialismo global se evita recurriendo a armas que, como los drones, no permitan que desde los centros de poder se perciba la realidad de la lucha. Si a esto le sumamos la falta de mecanismos de control democrático frente a las acciones del ejecutivo (el programa dron de Estados Unidos no es solamente uno de los más secretos del mundo, sino que lo dirige la CIA y no el ejército para dificultar aún más cualquier tipo de tutela judicial), nos encontramos que la «guerra contra el terror» de la era Obama avanza en la senda trazada por su predecesor, promoviendo agresivas campañas contrainsurgentes

19. International Security Data Site de New America.

en los países de la periferia mundial, con la salvedad de que, al tratarse de una guerra en la que solamente se ve inmiscuida una pequeña parte de la población de los países imperialistas —los pilotos que controlan los aparatos—, dificulta la formación de una verdadera oposición política a la misma.

Sin consecuencias política o humanamente significativas, emprender campañas militares con drones armados se convierte en una opción particularmente seductora a corto y medio plazo. Obama, que se presentó como candidato diciendo que cerraría la base militar de Guantánamo —conocido centro de tortura caracterizado por su total desprecio de los derechos democráticos—, no solamente no la ha cerrado, sino que ha expandido aún más este «archipiélago mundial de la excepción política». Con el programa de asesinatos selectivos mediante drones armados, podemos sentenciar que Guantánamo está en todas partes, mientras que el derecho a la presunción de inocencia está en cada vez menos lugares, tendencia que se extiende también al ámbito de las telecomunicaciones. Los programas de espionaje masivo como PRISM, XKEYSCORE, HACIENDA o TEMPORA, que sustraen diariamente cantidades inmensas de datos personales del conjunto de la población mundial, forman parte de una misma estrategia contrainsurgente que suprime el derecho a no ser arbitrariamente acusado o rastreado.

En la violencia perpetrada por Occidente, el civil parece como si desapareciera de la ecuación. «La contrainsurgencia [es presentada] como quimioterapia»:[20] es una guerra que exclusivamente se libra contra las células malignas, sin consecuencias humanas aparte de las obvias. Llamarla «quirúrgica», como gusta de describirla la administración Obama, posee unas consecuencias sociales especialmente peligrosas, la principal de las cuales es su despolitización. Cualquier rito social que insista en presentarse «ausente de connotaciones políticas» debería encontrarse con una desconfianza generalizada: como hemos visto, la mistificación es un producto social pensado para amparar —o enmascarar— determinadas prácticas. Formular un concepto de guerra sin los cuerpos de inocentes destrozados, vidas humanas sufrientes ni vastos territorios asolados por su violencia injusta es tenerla por un conflicto engañoso, que únicamente canalizaría su furia contra un terrorista «Otro» incapaz de esconderse de la omnisciencia tecnológica de Occidente.

La despolitización radical que esconde el vocabulario médico cuando se aplica a fenómenos sociales parte, en primer lugar, de un tramposo «juramento hipocrático social», que cubre con un velo de engañoso apoliticismo lo que nunca dejaron de ser

---

20. Gregory, «From a View...», *ob. cit.*

asesinatos selectivos a manos del Estado —decisiones que son en verdad rabiosamente políticas—. El juramento hipocrático, como responsabilidad ética de los profesionales de la medicina de sanar a los enfermos, es trasplantado al terreno de lo social precisamente para evitar la evaluación ética de otros actores políticos. El deber del cirujano de intervenir rápidamente frente a las células cancerígenas que habitan un cuerpo sano se extrapola socialmente, siendo los tumores el indeseado «Otro» (al que no se le da oportunidad siquiera de explicarse antes de seccionarlo con el bisturí). En tanto que estiletes letales de un autoadjudicado cirujano que ataja con su «buen hacer» los tumores del mundo, podemos considerar a los Predators como los belicosos guardianes del «cuerpo social» (en la línea de Robespierre y su Comité de Salud Pública, que predicó «la idea de la higienización como método de terror»).[21] Asimismo, con este vocabulario quirúrgico se refuerza una imagen ficticia de virtuosidad —«una guerra encerrada en su ataúd de cristal, como Blancanieves, limpia de cualquier ardor bélico y contaminación carnal»—,[22] que pretende pasar la propia violencia por un producto de laboratorio cuidadosamente medido, como si se

---

21. S. Rocha: *La Facción Caníbal: Historia del Vandalismo Ilustrado*, La Felguera, Madrid, 2012.

22. Baudrillard, *ob. cit.*

pudiera calcular racionalmente su alcance (algo que, por supuesto, no se corresponde en absoluto con la insoportable realidad de los civiles inocentes muertos como consecuencia de sus acciones). Nuestra violencia no solamente se ejerce contra «esos [...] que no son del todo vidas»[23] —el «Otro» creado por el orientalismo—, sino que, a diferencia de la de nuestro antagonista —ISIS—, se presenta como resultado final de un proceso computerizado que solamente descarga su ira contra los *tumores del mundo*.

Comprobamos que la violencia ejercida por ISIS no es otra cosa que el reflejo distorsionado de la violencia del imperialismo, la caricatura desfigurada que surge tras intentar emular las masacres de Occidente con una mayor escasez de medios —exceptuando, claro, los medios audiovisuales—. Su «marco de guerra» se encomienda a lo simbólico, a la producción de engañifas que compitan culturalmente con las creaciones euroamericanas al no poder hacerlo militarmente. La otra cara de la moneda es la «engañifa social» que implica la presunción de una guerra «ausente de política» —ya sea «justa», «humanitaria» o «quirúrgica», el adjetivo orwelliano que se le añada resulta indistinto—, que es el escenario ofrecido por un imperialismo que pretende hacerse pasar por inocente,

23. Butler, *ob. cit.*

como si la violencia global permaneciera completamente ajena a su mundo y no tuviera nada que ver con ella.

«Todo empeño por estetizar la política termina en una única salida: la guerra»,[24] comentaba Benjamin haciendo alusión a la maquinaria cultural del fascismo. Y los «marcos sensibles» destinados a mistificar la guerra en vez de señalar las estructuras sociales que la sustentan, ya sea como «guerra santa» contra los infieles «Otros» (aplicable tanto a ISIS como a la primera fase de la «guerra global contra el terror», correspondiente a la administración Bush: «Dios me dijo que acabara con la tiranía en Iraq»)[25] o como «guerra invisible», tratando de borrar el rastro de sangre, como hacen los asesinos después de cometer un crimen (¿acaso no requiere también aquello su particular maestría, de su *estética* atroz?), no hacen otra cosa que participar de esta *estetización generalizada*. Que no nos sorprenda pues el advenimiento de una «guerra permanente» de carácter global.

---

24. Benjamin, *La obra de arte...*, *ob. cit.*

25. George Bush: «God told me to end the tyranny in Iraq», *The Guardian*, 7 de octubre de 2005.

La guerra contra el terror que viene

La capacidad para controlar a grandes grupos poblacionales desde la distancia se pone a prueba antes de que estas tecnologías [de control, municiones, instrumentos legales y humanitarios, técnicas de combate] se comercialicen internacionalmente. [...] los asaltos se ensayan para explorar los límites: los límites de la ley y los límites de la violencia que puede ser infringida por un Estado al tiempo que seguir siendo internacionalmente tolerada. Este límite, el cual se redefine con cada ataque, será el nuevo umbral de lo que se le podrá hacer a la gente en nombre de la «guerra contra el terror».[1]

Eyal Weizman

1. E. Weizman: *The Least of All Possible Evils*, Verso, Londres, 2011.

Según escribo estas líneas, un dron estadounidense acaba de asesinar en Yemen a Nasser bin Ali al Ansi, el rostro que reivindicó para Al Qaeda el ataque a la redacción del semanario francés *Charlie Hebdo*, el 7 de enero de 2015. El asalto a la revista y la posterior toma de rehenes en un supermercado *kosher* se saldó con 16 personas asesinadas, 19 si contamos a los propios autores, abatidos por la policía francesa en las horas inmediatamente posteriores, tras una auténtica «cacería social» retransmitida en *streaming* por las televisiones del mundo. El infame *reality show Policías en acción*, consistente en deleitar al espectador con la «guerra de baja intensidad» de los cuerpos policiales contra los estratos más pobres de nuestras sociedades («hacerlo testigo de lo nunca visto hasta ahora»),[2] fue durante unos pocos días el contenido más solicitado por parte de una audiencia ampliamente comprometida con la persecución y el derrumbe del enemigo «Otro».

El despliegue mediático fue acompañado por el necesario despliegue discursivo. La portada del 8 de enero de *Le Monde* llamaba a los sucesos «El 11 de septiembre francés», categorización simbólica que establecería las condiciones para emprender otra arremetida bajo el estandarte de la «guerra global contra el terror». La grotesca imagen de los

---

2. «El trabajo de la Policía, sin trampa ni cartón», *Policías en acción*, La Sexta.

más de cuarenta líderes mundiales en el Boulevard Voltaire, agarrados de los brazos en señal de unidad, fue más un ritual de antes del combate que una muestra de dolor compartido. De ahí que entre tan ilustres personalidades se encontraran, sin contradicción aparente, «líderes de guerra de la OTAN, el primer ministro de Israel, Benjamin Netanyahu, el rey de Jordania, Abdullah II, y el ministro de Exteriores de Egipto, los cuales han encarcelado, asesinado y torturado a periodistas mientras transmitían masacres e intervenciones que han dejado centenares de miles de muertos, bombardeando estaciones de televisión desde Serbia hasta Afganistán».[3]

También expresó su solidaridad con *Charlie Hebdo* el primer ministro británico, David Cameron, en plena reforma de la ley antiterrorista. Dicho proyecto de ley contempla —entre otras medidas— que las escuelas y las universidades «asuman responsabilidades en la lucha contra la radicalización», e informen a un «programa externo de antirradicalización» acerca de los estudiantes que pudieran correr el riesgo de ser seducidos por «ideas extremistas».[4] Asimismo, su gobierno

---

3. «Paris is a warning: there is no insulation from our wars», *The Guardian*, 15 de enero de 2015.

4. «Anti-terror bill a threat to academic freedom, MPS tell Theresa May», *The Guardian*, 12 de enero de 2015.

también obligó al periódico *The Guardian* —bajo amenazas de tipo legal— a destruir los discos duros en los que se almacenaban los archivos filtrados por el ex agente de la NSA Edward Snowden (que dieron a conocer la escala real de la vigilancia de las telecomunicaciones por parte del gobierno estadounidense), tarea que se llevó a cabo bajo la estricta supervisión de la agencia de inteligencia británica GCHQ[5] —recientemente condenada por obtener ilegalmente información de la misma NSA—.[6]

Al mismo tiempo, David Miranda (pareja del afamado periodista Glenn Greenwald, uno de los rostros más reconocibles de la campaña internacional contra el espionaje masivo de la NSA) era detenido en el aeropuerto londinense de Heathrow. A Miranda se le aplicó la ley antiterrorista cuando regresaba a Río de Janeiro y fue sometido a un interrogatorio policial de nueve horas, periodo durante el cual no se le permitió disponer de un asistente legal o comunicarse con el exterior (la legislación concede en estos casos unos poderes extremadamente amplios al ejecutivo: los detenidos no tienen siquiera el derecho a permanecer en

5. «NSA files: why *The Guardian* in London destroyed hard drives of leaked files», *The Guardian*, 20 de agosto de 2013.

6. «GCHQ mass internet surveillance was unlawful, UK court rules», *Wired*, 6 de febrero de 2015.

silencio durante el arresto).[7] El resultado fue una detención que se alargó durante 8 horas y 55 minutos y que, a pesar de la ausencia de cargos, acabó con el teléfono móvil, el ordenador personal y las memorias USB de Miranda en manos de la policía británica;[8] parece que el compromiso «sin fisuras» con «la libertad de expresión, con los derechos humanos, con el pluralismo, con la democracia, con la tolerancia y con el imperio de la ley» —declaración conjunta de diferentes gobiernos europeos tras el ataque a *Charlie Hebdo*— no es aplicable a todos los informantes por igual; en otras palabras, no todo el mundo tiene el privilegio de *ser Charlie*.

Admitiremos empero que resulta difícil pensar en un mejor homenaje a la sátira que un puñado de criminales impunes desfilando junto a los políticos que de buen grado les concedieron los permisos para asolar territorios enteros, torturar, espiar sin medida y asesinar inocentes a escala global. Markha Valenta va un paso mas allá y sentencia que «todo lo que se pueda decir de los movimientos islamistas revolucionarios —en lo que se refiere a la violencia global— podría decirse del

---

7. «David Miranda detention: schedule 7 of the Terrorism Act explained», *The Guardian*, 19 de agosto de 2013.

8. «Glenn Greenwald: detaining my partner was a failed attempt at intimidation», *The Guardian*, 19 de agosto de 2013.

americanismo global y la política exterior de Estados Unidos. Ha sido despiadada, cruel, liberticida, antidemocrática [...]».[9] Al contrario de lo que se predicaba desde las instancias oficiales, la manifestación del 11 de enero no ensalzó la sátira de *Charlie Hebdo*, sino la del farsante rey Ubú. Aquel personaje infame, creado por el también francés Alfred Jarry para burlarse de las argucias del poder establecido, fue el auténtico protagonista de la jornada. Y es que únicamente desde la mente astuta de un villano como Ubú —que detenta el poder gracias a su capacidad para el engaño y a la aquiescencia del pueblo— se pudo ingeniar semejante pantomima teatralizada: muchos de los responsables directos de las carnicerías del imperialismo en el Tercer Mundo, simulando estar afligidos por la violencia desatada. La gran broma final es ver a Ubú ligeramente apenado mientras prosigue su agenda política de guerra y pillaje.

«Je suis Charlie» («Yo soy Charlie») no surge tanto de un posicionamiento político militante —en este caso, la defensa de la libertad de expresión— como de la violenta imposición de un compromiso social con la patria herida. Cabe entenderlo como una «llamada a filas» concreta antes que como una «muestra de solidaridad» abstracta. El buen deber

---

9. «Charlie Hebdo – one week later», *Open Democracy*, 16 de enero de 2015.

ciudadano de llorar las vidas que el Estado considera dignas de ser lloradas como paso previo a exigir que se acaten los dictados de la «lucha global contra el terrorismo». Una «movilización total» (las manifestaciones de rechazo a los ataques fueron las más numerosas de la historia de Francia) que desfilaba orgullosamente al grito de «todos somos policías», eslogan que se vio confirmado oficialmente después de que el ministerio del Interior francés difundiera al cabo de unas pocas semanas una intensa campaña de alarma con el lema «contra el terrorismo: todos unidos y todos vigilantes»,[10] supuestamente destinada a ofrecer pautas para identificar indicios de «radicalización yihadista» entre los propios conocidos (algunos de los «síntomas» serían, según el propio informe, «cambiar de hábitos alimentarios», «dejar de ver la televisión, de escuchar música o de ir al cine», «abandonar las actividades deportivas», «frecuentar sitios web de carácter radical o extremista»... costumbres que por lo demás separarían al «buen ciudadano demócrata» de un sospechoso «Otro» que no las comparte).

El propio Žižek se sorprendía del éxito de la operación, la cual consiguió desde un primer momento «reconciliar a los revolucionarios del 68 con su peor enemigo, algo así como la versión popular

10. Sitio web de la campaña: http://www.stop-djihadisme.gouv.fr/

francesa de la Patriot Act puesta en vigor por aclamación popular, con el pueblo ofreciéndose a sí mismo para tareas de vigilancia».[11] Por otra parte, el filósofo Alain Badiou afirmaría también que «la confusión ha llegado al colmo cuando hemos visto que el Estado convocaba, de manera perfectamente autoritaria, a manifestarse. Es casi como si Manuel Valls hubiera pensado en encarcelar a quienes no fueron a las concentraciones o como si se hubiera exhortado a la población, una vez manifestada su obediencia identitaria bajo la bandera tricolor, a esconderse en sus casas o a desempolvar el uniforme de reservista y partir hacia Siria a toque de corneta».[12] Se rescataron del letargo en unos pocos instantes los mecanismos sociales característicos de la «guerra contra el terror» para hacer de todos «auxiliares de policía»[13] dispuestos a acudir al rescate de la patria en apuros.

Pero lo que permite la designación simbólica del enemigo «Otro», que golpea la patria en *el momento más inesperado* —algo que ha quedado desmentido con el paso del tiempo— es dar lugar a las condiciones para precipitar determinadas respuestas sociales. De nada sirve descubrir tiempo

---

11. Žižek, *ob. cit.*

12. «La bandera roja y la tricolor (sobre los crímenes de *Charlie Hebdo*)», *El Diario*, 4 de febrero de 2015.

13. *Ibíd.*

después que los hermanos Kouachi eran viejos conocidos de la inteligencia francesa (llegaron a estar bajo vigilancia intensiva de noviembre de 2011 a junio de 2014), que Saïd Kouachi había viajado varias veces a Yemen para recibir entrenamiento militar, que los nombres de ambos figuraban en las listas de seguimiento tanto del Reino Unido como de Estados Unidos o que el secuestrador del supermercado, Amedy Coulibaly, había recibido el armamento de un traficante de armas vinculado aparentemente con la policía francesa.[14] Designar al enemigo como «Otro» insta a actuar en consecuencia, por mucho que de manera posterior se evidencie el fraude del concepto y, con ello, la estafa de la reacción social subsiguiente.

El brutal asalto a las oficinas de *Charlie Hebdo* no fue, por tanto, nada más que el acontecimiento simbólico sobre el cual se hacía posible desplegar nuevamente una campaña favorable a una guerra contra el terror sin límites. «Je suis Charlie» era el santo y seña de la movilización política real, la que recorrió sigilosamente las convocatorias oficiales sin venir a decir otra cosa que *nous sommes en guerre* («nosotros estamos en guerra»). En tanto que dictado fomentado autoritariamente, «Je suis

---

14. «Police, far right linked to attack on kosher grocery during *Charlie Hebdo* shooting», WSWS, 9 de mayo de 2015.

Charlie» fue algo completamente ajeno a la causa de la libertad de expresión. Y no sólo porque «la manifestación [en solidaridad con la publicación] afirmara [...] que ser francés es que todos tengan, bajo la batuta del Estado, la misma opinión»,[15] sino porque era un grito ausente de contenido real, un simple eslogan publicitario, si se quiere ser tosco (aunque bien es cierto que en las condiciones actuales resulta difícil diferenciar claramente los límites entre unos y otros). Si no lo hubiera sido, ¿por qué tras los ataques se ensalzó de ese modo a los periodistas del semanario satírico —elevados a la categoría de «Mártires por la Verdad» por The Investigative Project on Terrorism, *think tank* conservador—, mientras que Chelsea Manning, Julian Assange o incluso Snowden llevan años viviendo vidas de reclusos o de fugitivos por sacar a la luz pública los trapos sucios del imperialismo global? El sesgo resulta demasiado notorio como para pasarlo por alto. Al tiempo que Wikileaks es objeto de una persecución internacional, se tilda a su cabeza visible de terrorista —o cuanto menos, de dar razones a su causa— o directamente se pide su asesinato, los caricaturistas de *Charlie Hebdo* son encumbrados como mártires. Naturalmente, esto no es casual. Las personas asesinadas durante de la sangrienta

15. *El Diario*, *ob. cit.*

jornada del 7 de enero de 2015 no significaron en verdad nada más que el pretexto para reemprender el programa de legitimación de una guerra global sin tregua.

La tragedia se clausuraba simbólicamente cuatro meses después, con el asesinato por medio de un dron de Nasser bin Ali al Ansi, «comandante desde la sombra» del atentado. Y se «clausuraba» no porque implicase el fin de la ofensiva del Estado (como bien precisó George W. Bush, «nuestra guerra contra el terror comienza con Al Qaeda, pero no se detiene allí»), sino porque lo hacía de manera simbólica mediante las formas de violencia desplegadas, que se inscriben perfectamente en la categorización dada a los crímenes de *Charlie Hebdo*: el *terrorismo*. Y es que por un único día de usurpación, los hermanos Kouachi pudieron ser los —ilegítimos— detentores de un tipo de violencia política que en la actualidad es patrimonio exclusivo del presidente Obama (saborearon las mieles de semejante privilegio horas antes de ser abatidos por la policía francesa). Del mismo modo que ellos definieron su objetivo, seguramente con infinita cautela para evitar ser descubiertos, el presidente Obama decide en sus reuniones antiterroristas semanales —conocidas popularmente como *Terror Tuesdays*, «martes del terror»— los próximos objetivos que deben ser asesinados por los enjambres de drones. Si bien es cierto que el resultado

acaba siendo el mismo —asesinatos sin ningún tipo de control político o jurídico—, no lo son ni su temporalidad ni su grado de tolerancia social.

Saïd y Chérif Kouachi, responsables de desatar una violencia despiadada durante la mañana del 7 de enero, fueron cazados dos días después en Dammartin-en-Goële, un pueblo de las cercanías de París. Era lo que todo el mundo esperaba, y con toda probabilidad también ellos mismos: atacar, AK47 en mano y a plena luz del día, las oficinas de una publicación en el centro de París, tiene algo —o bastante— de suicida. Entraba dentro de lo esperable que las opciones de salir impunes de semejante atrocidad fueran prácticamente nulas, puesto que se sabía de antemano que todos los *anticuerpos sociales* reaccionarían inmediatamente para combatir al *agente agresor* —como efectivamente sucedió—. Eran suicidas conscientes, por mucho que no fueran ellos los encargados de disparar el arma que pondría fin a su vida. ¿Por qué enfatizar esto? Porque este tipo de ataques se sitúan al otro extremo ontológico de la violencia perpetrada por las guerras de Occidente. Grégoire Chamayou lo representa como si fuera un «juego de espejos» macabro, en el que ambas partes se rechazan radicalmente, un auténtico «choque de horrores» —o mejor, «choque de barbaries»—: «Por un lado, el kamikaze, o el autor del atentado suicida, que se destruye de una vez por todas en una sola explosión; por el otro, el dron, que

lanza sus misiles de repetición como si nada ocurriera»[16] (en palabras de un asesor militar, «el robot es nuestra respuesta al atentado suicida»).[17]

«Los kamikazes son los seres humanos de la muerte segura. Los pilotos de drones son los seres humanos de la muerte imposible. En este sentido representan dos polos opuestos en el espectro de la exposición a la muerte.»[18] El suicida se extingue tras llevar a cabo su acción, es decir, que se encuentra temporalmente limitado por no disponer de medios adicionales —somáticos, tecnológicos— a través de los cuales sostener su agenda de violencia. El cuerpo es la barrera que condiciona —pero a la vez distingue— el atentado suicida: «Mi cuerpo es un arma».[19] La marca de su horror resulta por tanto claramente identificable, ya que se circunscribe al suicida como tal, a la persona que ha decidido convertirse durante unos pocos instantes en un *misil andante*, aun conociendo el inevitable desenlace.

Al otro lado del espejo, el dron, que toma la singularidad del atentado suicida —la muerte

---

16. G. Chamayou: «Drones y kamikazes, juego de espejos», 2013.
17. «Cyber-soldiers may save lives», *UT San Diego*, 19 de abril de 2006.
18. *Ibíd.*
19. *Ibíd.*

garantizada— para constituir su antítesis: la suspensión indefinida de la muerte. Y no porque —como defiende Chamayou— «mi arma no [tenga] cuerpo»,[20] sino porque reviste al cuerpo del operador de una capa de invulnerabilidad ontológica —salvo por los «*shocks* de guerra» de carácter psicológico mencionados en capítulo 3—. Chamayou parte de una idea excesivamente rígida de lo que considera «cuerpo» (puesto que lo restringe al organismo biológico que permanece a miles de kilómetros, sentado en una silla de oficina en un cubículo equipado con aire acondicionado), de ahí que vea a los drones como «armas sin cuerpo», fantasmáticas en vez de cuerpos reales formados por una «hibridez de acero y carne»[21] configurada como arma: como los kamikazes, «mi cuerpo [sigue siendo] es un arma» cuando los drones entran en la ecuación. Sólo que es un cuerpo especialmente dúctil, que se sirve de las modernas tecnologías de las telecomunicaciones para recrear un avatar mecánico que adopta la forma de aeronave, pensada para exponer únicamente las partes del mismo que son fácilmente reemplazables —los componentes internos del aeroplano—, dejando intactas las que realmente hacen funcionar los engranajes y que son más

20. Chamayou, *ob. cit.*

21. Henderson, *ob. cit.*

difíciles de sustituir —el cuerpo biológico del piloto y el *software* que permite transmitir las órdenes—. Las aeronaves tripuladas de manera remota no alteran las categorías tradicionales de la guerra porque la pugna permanece ligada al cuerpo, con la salvedad de que uno de los actores dispone de un cuerpo mucho mejor adaptado a los imperativos del combate, un cuerpo pensado para ser una máquina de guerra.

Sin un «fin de la guerra» reconocible —o una reconfiguración que transforme radicalmente las categorías tradicionales—, lo que queda es la guerra históricamente conocida pero con algunos matices *high-tech*. Si no tenemos constancia de ella no es por tanto debido a que no exista —teorías de la «no-guerra» o del «fin de la historia—, sino a causa de que determinadas fuerzas sociales la han apartado deliberadamente de nuestra mirada. Desde la Zona Verde global se ha desarrollado una relación mutilada con la realidad de la guerra, dado que no se percibe de manera palpable en las finanzas, infraestructuras, vida social... hasta el mortífero instante en que se producen violentas interrupciones de esta «suspensión indefinida de la realidad» —simulacro— en forma de sangrientos atentados que sacuden el corazón del Primer Mundo imperialista: estamos ante una «guerra cortocircuitada», que

libera peligrosas descargas cuando el flujo de la «normalidad» se detiene.

Negar la violencia que se despliega cotidianamente contra la periferia del mundo acaba generando un punto en que la tensión estalla de las maneras más salvajes: tiroteos, secuestros de aviones, sabotajes, atentados suicidas... que en muchas ocasiones provienen de poblaciones radicalizadas por la violencia ejercida por el imperialismo. Detrás del brutal ataque a *Charlie Hebdo* no había solamente «fundamentalismo islámico», como se ha querido pretender desde las instancias oficiales: en realidad, una parte importante del proceso de radicalización de los hermanos Kouachi vino de la guerra de Iraq y de las subsiguientes torturas en la prisión de Abu Ghraib.[22] Una vuelta de tuerca adicional en materia de radicalización también viene dada por la naturaleza de los ataques con drones, que «en el Medio Oriente son ampliamente concebidos como cobardes, porque el piloto está matando gente desde la seguridad de su cubículo [...] no existe la posibilidad de ser matado por aquellos a quienes está atacando».[23]

---

22. «*Charlie Hebdo* attackers: born, raised and radicalised in Paris», *The Guardian*, 12 de enero de 2015.

23. «An American suicide bomber?», *Bulletin of the Atomic Scientists*, 20 de enero de 2010.

La actual saturación de medios audiovisuales ha acabado además por generar una extraña situación en lo que se refiere al tratamiento mediático del terrorismo. Con la popularidad en ascenso de las transmisiones en directo junto a la personalización extrema de las catástrofes —*Charlie Hebdo* con los hermanos Kouachi, el World Trade Center con Osama Bin Laden, el vuelo 4U9525 de Germanwings con Andreas Lubitz— se llega a un punto en el cual la prensa se convierte paradójicamente en la principal promotora del imaginario sacrificial yihadista, en su aliado inesperado («los desastres de aviación y otros accidentes que aterrorizan siempre atraen a gente con cámaras [...] la sensación de estar protegido de la calamidad estimula el interés en la contemplación de imágenes dolorosas, y aquella contemplación supone y refuerza la sensación de estar seguro»).[24] Al desplegar una búsqueda incansable del «elemento humano» —o del «rostro del mal»— para revelar al mundo todos los detalles acerca de los posibles traumas de infancia, el historial de relaciones o las manías personales del asaltante, no se genera únicamente un clima social de rechazo entre la población de los países occidentales, sino que se facilita de manera preocupante la búsqueda de referencias

24. Sontag, *ob. cit.*

sacrificiales —«mártires»— en determinados sectores de los excluidos. Si el atentado suicida es garantía de atención mediática, no nos quepa duda de que la cobertura mediática como tal estará facilitando la conjura de nuevos atentados —aunque no sean obviamente reducibles al papel de la prensa—; dar la seguridad de que uno llegaría a ser considerado socialmente como un mártir nunca había sido algo tan fácil de conseguir.

Como expresión contemporánea de la supremacía político-militar, «el poder tecnológico viene a reemplazar una forma de sacrificio inexigible». Chamayou apunta que «esta polaridad es ante todo económica. Enfrenta a aquellos que poseen el capital y la tecnología con aquellos que, para combatir, no tienen más que sus cuerpos. [...] dos economías políticas y afectivas de la relación con la muerte, aquella que se da y aquella a la que uno se expone».[25] Así, el sentimiento de superioridad moral que Occidente despliega en oposición a las demandas sacrificiales del yihadismo no surge tanto de una matriz ética como económica: el dron ejerce de doble fantasmagórico de los actores reales, que se esconden detrás de su exoesqueleto de metal.

---

25. Chamayou, *ob. cit.*

Las culturas que no tienen acceso a estas tecnologías de substitución corporal se ven obligadas a abogar por los esquemas tradicionales de la lucha, para lo que se precisa de un poderoso imaginario simbólico capaz de generar una «moral guerrera» que predisponga a los sujetos a sacrificar en su nombre sus cuerpos biológicos (algo que por lo demás era, hasta hace bien poco, la norma en las sociedades occidentales). En ausencia de robots, no les queda otra opción que ceñirse a los esquemas tradicionales y seguir entrenando soldados, al tiempo que se esfuerzan por ofrecer una imagen de fiereza que sirva para ratificar la verdad de su imaginario guerrillero. En su opuesto marcial, las culturas que sí poseen avatares mecánicos para ejercer violencia, las cuales dejan de tener la necesidad de cultivar un *ethos* del guerrero (el campo de batalla deviene «postheroico» para ellas, en palabras de un conocido estratega militar).[26]

Un «orientalismo de nuevo cuño» se asoma en esta doble articulación de la violencia. Por un lado, la violencia «quirúrgica» de Occidente, que se presenta ajena de connotaciones políticas (el «juramento hipocrático social» antes mencionado, que recurre a la referencia ética para así eximirse del escrutinio ético de los demás); por otro, la violencia

---

26. «Toward Post-Heroic Warfare», *Foreign Affairs*, junio de 1995.

del «Otro», que se caracteriza por mostrar evidentes motivaciones políticas o religiosas. Este «orientalismo ampliado» se manifiesta desde el momento en que la violencia intermediada por las modernas tecnologías finge no ser el producto solidificado de una determinada agenda política, supuestamente en oposición a las viejas formas de hacer la guerra —que el temido «Otro» practica—. En el Occidente posthistórico, vemos que el nivel de tolerancia social hacia las campañas militares que impliquen el desplegamiento de tropas físicas cae en picado, lo que también se aplica en general a la violencia que muestre abiertamente su matriz política (recordemos que el «último hombre» de las sociedades opulentas se personificaba en la figura del pacifista o espectador converso). De acuerdo con esta percepción, desplegar tropas como tales sería una decisión demasiado cargada de implicaciones políticas, mientras que desplegar drones parecería una solución *apolítica* para solventar con eficiencia el problema de los *tumores sociales*, de manera que la resistencia social a sus ataques disminuiría.

Al ciudadano anónimo de las sociedades opulentas le resulta de veras incómoda la idea misma de «violencia política»; su psique no es capaz de procesarla con facilidad: en primer lugar, porque su «pacifismo» interiorizado es no militante, no surge de un compromiso político contra el militarismo hegemónico —al contrario: lo confunde con la

aceptación del estado actual de las cosas—; en segundo, porque el fantasma de la «política» le parece más aborrecible incluso que el de la «violencia» (un «retorno de la política» le resulta impensable y no deseable en un contexto de «felicidad generalizada» como el actual); en tercer lugar, porque su hipersensibilidad hacia imágenes de violencia explícita real —bombardeos, torturas por parte de los cuerpos militares, abusos policiales, disturbios...— no significa otra cosa que el miedo a que el confortable simulacro instaurado en el Primer Mundo se rompa en pedazos en cualquier momento (de ahí que lo más apropiado sea referirse a él como «espectador converso»: para él, *lo único sagrado es la ilusión*; como en *El Proceso* de Franz Kafka, él es el guardián del simulacro). Lo que esconde el descansado pacifismo del «espectador converso» no es una ausencia de politización, sino una politización en clave negativa, nacida de una estrategia de despolitización consciente de las esferas de intervención política.

La violencia desempeña siempre una función política, ya sea explícita —ISIS— o latente —drones—; como producto social es engañoso querer situarla en un plano metafísico fuera de la realidad —por mucho que se esconda en un caparazón *high-tech*—, como si no fuera posible extraer de ella una lectura política. Sirviéndose de sus poderosos utensilios tecnológicos, el orientalismo pretende

despolitizar todo lo que rodea a «su» guerra para adaptarla a los cánones sensibles del espectador occidental (desarrollar una idea de conflicto «para todas las audiencias», con un nivel de trascendencia política similar al de una película bélica). Los drones refuerzan esta mistificación: su violencia se caracteriza por la escasez generalizada de imágenes (dado que el imperio cuenta con su monopolio *de facto* al bombardear sin previo aviso regiones que en muchos casos ni siquiera tienen los medios necesarios para acceder a Internet). Y el *conflicto sin imágenes* precede al *conflicto sin política*: «la noción contemporánea de atrocidad exige pruebas fotográficas [...] que en este caso constituyen el fenómeno».[27] Ante la ausencia de documentos que acrediten que la violencia es algo real, la mistificación de la guerra extiende su teatro de sombras y el «último hombre» mantiene tranquilas sus ilusiones —que se alzan sobre la negación sistemática de la guerra global— por no verse asediado por la virulencia —aunque sea visual— del conflicto material. Restringir el acceso a recursos audiovisuales que den cuenta de lo sucedido (puesto que las grabaciones de los ataques obviamente existen: los drones están equipados con cámaras de alta definición precisamente para poder contemplar todos los

---

27. Butler, J. (2010): *Marcos de guerra: las vidas lloradas*. México: Paidós.

matices de la escena) significa, además, dificultar conscientemente la elaboración de un «marco de guerra» que sería capaz de identificar políticamente la naturaleza de la pugna.

Del mismo modo, la «guerra sin política» se presenta como una «guerra quirúrgica» supuestamente calculada a base de algoritmos (el componente matemático sirve para dar una dosis de aparente «objetividad» despolitizada a una decisión tan sumamente política como es determinar la ejecución de un individuo a manos del Estado). Naturalmente, los algoritmos en sí mismos no son política; no obstante, programar una máquina —en este caso, un dron— para que ofrezca determinadas respuestas sociales con base en tales algoritmos —acciones nada triviales como son apuntar, disparar o rastrear individuos— es una cuestión puramente política. Programar no es otra cosa que filtrar mediante los algoritmos seleccionados la intervención deseada en la sociedad, conque los resultados que se producen también son estrictamente políticos (los aparatos no «se programan» autonómamente; incluso los hipotéticos drones «completamente autónomos» del futuro no dejarían de formar parte de un vasto entramado de decisiones sociales que los han diseñado de determinada manera para llevar a cabo una agenda política concreta). Así, el nivel de «perfeccionamiento» de las aeronaves —estén o no «automatizadas»— sigue

siendo algo irrelevante, que desatiende la cuestión política fundamental: el asesinato selectivo como recurso cada vez más frecuente del Estado para racionalizar una guerra no declarada contra los excluidos del mundo. *El dron no puede convertirse bajo ninguna circunstancia en la «armadura social» que acabe blindando de cualquier cuestionamiento a los mecanismos sociales que ejercen violencia política en nombre del Estado*. De lo contrario, la necesaria crítica al dron únicamente habrá servido para contribuir a cavar nuestra propia tumba.

En nuestro presente contrainsurgente

No se debe olvidar que al mismo tiempo que la colonización, con sus métodos y armas políticas y jurídicas, trasplantó obviamente los modelos europeos a otros continentes, también tuvo un considerable efecto bumerán en los mecanismos de poder existentes en los países occidentales, así como en los sistemas, instituciones y técnicas de poder. Se trajo de vuelta a toda una sucesión de modelos coloniales, y el resultado fue que en Occidente se pudo practicar algo parecido a la colonización, o un colonialismo interno, sobre sí mismo.[1]

Michel Foucault

---

1. M. Foucault: *«Society Must Be Defended»: Lectures at the Collège de France, 1975-1976*, Picador, Nueva York, 2003.

Existe una lamentable confusión ampliamente extendida en Occidente, que pretende interpretar la «guerra contra el terror» con base en determinados cánones que supuestamente la definirían como un periodo bélico histórico más, como «acontecimiento» parecido a la Primera o Segunda Guerra Mundial. Esta percepción le vendría a atribuir unos fines concretos, que una vez cumplidos vaciarían de sentido la decisión de mantener los altos niveles de movilización social en torno al despliegue militar —armamento, inversiones, legislación, capital humano...—. Desde este punto de vista, la guerra global contra el terrorismo acabaría cuando, como afirmara en su momento George W. Bush, «cada grupo terrorista de alcance global [fuera] encontrado, desarticulado y derrotado».[2] Nada más lejos de la realidad. La escalada de la guerra global ha dejado de ser reducible a la condición de «acontecimiento» transitorio, tal es su magnitud que transforma profundamente las categorías sociales que hasta hace pocas décadas habían definido la idea de conflicto. Y, con ellas, se transforma la sociedad misma, tanto que podemos considerar este proceso como irreversible en las condiciones actuales («nuestra» sociedad es ya indistinguible de «nuestra» guerra, de la misma forma que las

---

2. Discurso pronunciado en una sesión del Congreso de Estados Unidos, el 20 de septiembre de 2001.

potencias europeas del siglo XIX constituían el reverso del pillaje colonial).

Las tecnologías de la información y la comunicación nos dirigen a un mundo cada vez más interconectado, en el que naturalmente también la guerra se despoja de su vieja estructura centralizada. No es que abandone su esencia —como acontecimiento ligado a un espacio geográfico bien definido—, sino que traslada su centro de mando al ciberespacio, que es ahora objeto de una verdadera «ocupación militar»,[3] en palabras del propio Assange. El dominio en el mundo virtual se presenta como igual de importante que el dominio aéreo en tiempos pasados, puesto que sin imponerse en esta faceta, todas las demás tienden a ser irrelevantes. La militarización de las sociedades asume formas novedosas, igualmente interconectadas (*networked*) a través del ciberespacio: de este modo, también nosotros hemos quedado atrapados en los filamentos de esta deriva contrainsurgente global, que extiende su espectro en el mundo virtual como preludio al mundo tangible. Asimismo, esta forma descentralizada de conflicto depende de infraestructuras concretas que sustentan, de algún modo u otro, la actual ofensiva del imperialismo: la base aérea de Creech, en Estados Unidos —como

3. J. Assange: *Cypherpunks: La libertad y el futuro de Internet*, Deusto, Barcelona, 2012.

comandante en la sombra de las operaciones con drones— o la base militar de Ramstein, en Alemania (que actúa como estación de repetición de las señales satelitales procedentes de la misma Creech, tal y como se refleja en una reciente filtración de la inteligencia estadounidense),[4] entre otras muchas que permanecen veladas, deben ser reconocidas lo antes posible como infraestructuras de guerra, conectadas a través del ciberespacio. Es por eso que la acción legal de tres ciudadanos yemeníes que sobrevivieron a un ataque con drones —en el que murieron dos personas— demuestra una lucidez extrema: denunciaron en los tribunales de Colonia al propio gobierno alemán, «sin el cual Estados Unidos no podría [hacer] volar los drones que matan a civiles inocentes [como] la familia de Faisal bin Ali Jaber».[5] Cualquier intento que tenga por objetivo constituir un núcleo de oposición frente a la guerra imperialista debe tener por obligatorio trazar una geografía de los silenciosos ejes que secretamente la siguen perpetrando, indistintamente de su ubicación en el medio geofísico: *la distancia no nos inhibe de nuestra responsabilidad*.

---

4. «Germany is the tell-tale heart of America's drone war», *The Intercept*, 17 de abril de 2015.

5. «No end in sight for US drone war via Germany», *European Center for Constitutional and Human Rights*, 27 de mayo de 2015.

> *Identificar este sistema, trazarle los contornos, descifrar sus vectores es devolverlo a su naturaleza terrestre, es reducirlo a su rango real. Hay ahí también un trabajo de investigación, el único que puede arrancarle su aura a lo que se pretende hegemónico.*[6]

En la introducción se ha aludido a la «doble vertiente» de la violencia militar —al mismo tiempo, conservadora e instauradora de derecho— para señalar la dualidad de cualquier guerra: por un lado, los encontronazos armados como tales; por el otro, la imposición análoga de un programa político. Pero en la «guerra contra el terror» —esto es, una guerra transfronteriza sin una temporalidad claramente definida— existe un matiz adicional: comprobamos que en los países occidentales lo segundo se impone claramente sobre lo primero, mientras que el choque militar —sea o no mediante drones— permanece circunscrito a la periferia global, sin dejar por ello de desempeñar también funciones de reordenación de los mecanismos de poder anteriormente existentes. Por eso Naomi Klein acierta solamente a medias cuando señala que «no es una guerra que pueda ser ganada por ningún país

---

6. Comité Invisible, *ob. cit.*

porque ganar no es el objetivo. *El objetivo es crear "seguridad" dentro de Estados fortaleza rodeados por interminables conflictos de baja intensidad al otro lado de sus muros*»[7] (la cursiva es mía). Si bien resulta innegable que la declaración de una «emergencia política» de naturaleza preventiva, expedicionaria y permanente —los tres puntales que caracterizan a la guerra global contra el terror— no responde tanto a la voluntad política de «vencer» a un enemigo que por otro lado tampoco se ha podido —o pretendido— definir con claridad, como a la implantación gradual de una ambiciosa agenda de gobierno («el fin no es nada, el movimiento lo es todo»),[8] no es cierto que el objetivo se limite simplemente a «crear seguridad» dentro del Primer Mundo imperialista mientras que se desoyen «los interminables conflictos de baja intensidad al otro lado de sus muros». La infinidad de cables diplomáticos revelados por Wikileaks demuestra precisamente que los asuntos «internos» de los países de la periferia del mundo son asimismo «asuntos de Estado» del imperialismo, ya sea directa o indirectamente (el infame «atlas mundial de la

---

7. N. Klein: *Shock doctrine. The Rise of Disaster Capitalism*, 2007.

8. Conocida afirmación del político alemán Edward Bernstein, referente teórico de la socialdemocracia que renunció al marxismo durante los primeros compases del siglo XX.

tortura» de la inteligencia americana atestigua la necesidad de inmiscuirse en los aparatos de Estado de alrededor del planeta para asegurar espacios excepcionales de «intervención política»). A la vez que en ciertas regiones se produce efectivamente un escrupuloso simulacro de «seguridad» —el devenir fortaleza de Occidente, que centra la atención de Klein—, en otras se despliega un programa político igual de definido, pero en este caso destinado a perpetuar las condiciones del saqueo imperial, aún al precio de desplegar un insoportable ambiente de «inseguridad».

Robert Jungk se plantearía en otro momento histórico la cuestión de si «no será la decisión por la energía nuclear [...] un pretexto [de los Estados] para, sobre todo, justificar su "política dura", su "vía dura" y su "duro estilo de gobierno": quien no "siga" a partir de este punto será definitivamente considerado "subversivo"».[9] Detectaba entonces, de manera casi accidental, un programa de gobierno oculto —de «naturaleza enigmática»— en las decisiones que se pretendían transparentes, libres de implicaciones adicionales más allá de las que se pueden ver a simple vista —«naturaleza aparente»—. Lo mismo pasa con la guerra global contra el terror: cabe entenderla no como simple

9. R. Jungk: *El Estado nuclear*, Crítica, Barcelona, 1979.

operación de contrainsurgencia a escala planetaria —de «naturaleza aparente», fetichista—, sino como práctica política surgida con el fin de precipitar un escenario en el que los derechos democráticos entren en suspenso de manera indefinida —«naturaleza enigmática»—. Pero las semejanzas no terminan allí. Al reformar las condiciones sociales que en última instancia definen la oposición política —ya sea «nuclearizando» la sociedad u optando por un vasto programa de asesinatos selectivos—, el estatus de la oposición misma también cambia: la «subversión» —como acusación abstracta que sirve para quitar de razones políticas al adversario— se presenta como el movimiento (anti)político de un «Otro» irreductible, sin otro objetivo que no sea la rebelión violenta e irracional frente a las bondades del imperialismo (la construcción puramente orientalista del concepto es patente, ya sea como *extremista doméstico* en el Reino Unido, como *antisistema* en el sur de Europa o como *terrorista* en Pakistán). La agenda del imperialismo se hace así con el monopolio de la política negando la condición política de los demás actores —de ahí el tramposo dilema, «o nosotros o el caos»—. Y es esta posición de privilegio la que le permite, además, pasar su programa por «la única solución racionalmente concebible», como si fuera ajena a motivaciones de carácter político (recordemos el ejemplo de los ataques

«quirúrgicos» en el marco de un juramento hipocrático social autoimpuesto).

«La construcción de amenazas inagotables y guerra sin límites podría legitimar el total vaciamiento, o incluso la erradicación, de las sociedades democráticas»,[10] advierte Stephen Graham. Toda la estructura social se vuelve ahora hacia la administración de esta «amenaza abstracta» por su naturaleza desmesurada e invisible, conque tiende a asumir funciones que tradicionalmente se le habían reservado a los cuerpos policiales y militares. Así, no es que las policías o los ejércitos asuman cada vez más protagonismo en la gestión de las crisis —de «naturaleza aparente»—, sino que la sociedad entera pasa a ser administrada con base en un paradigma policial-militar (lo cual es, en cualquier caso, absolutamente incompatible con cualquier cosa semejante a lo que entenderíamos por «democracia»; de ahí el aviso de Graham). No obstante, simplemente apuntar esta tendencia significaría caer en otra abstracción más que no dirige su crítica a nada en concreto salvo al «estado del mundo» en general —diagnóstico posmoderno—. Haber elegido el dron como objeto de estudio responde precisamente a que cuenta con la extraña virtud de ser el arma que mejor perfila la tipología de la

10. Graham, *ob. cit.*

amenaza que actualmente se cierne sobre nosotros; es, por así decirlo, el «objeto de debate» de la guerra permanente. Es por eso que impugnarlo en tanto que *weltgeist* —como consciencia viva del militarismo contemporáneo— es impugnar a su vez las formaciones sociales que están ejerciendo violencia política en nombre de la «guerra global contra el terror» o, lo que es lo mismo, en nombre de la guerra imperialista en una era posmoderna.

Pero hagamos un breve repaso de lo que representa el dron, no tanto como «arma» (puesto que ésa ha sido la última de nuestras preocupaciones, dejemos eso en manos de los historiadores militares) sino como artefacto catalizador que desencadena peligrosas reacciones sociales: primero, una mirada infrarroja omnisciente —que remite a la vigilancia permanente del Estado—; segundo, una percepción militarizada de la realidad —que convierte lo que en teoría serían «sujetos de derecho» en «potenciales amenazas»—; tercero, un neocolonialismo *high-tech* —que disfraza con un armazón tecnológico el dominio político y económico sobre la periferia global—; cuarto, despersonalización de los actores sociales reales —que se esconden detrás de la *armadura social* del aeroplano—; quinto, ambiente de guerra no declarada que normaliza los procedimientos radicales de exclusión —asesinatos selectivos a manos del Estado—; sexto y final, paulatina instauración de una «doctrina

preventiva» que parte de las lógicas paramilitares basadas en el *shoot to kill* («disparar a matar»), esto es, que pasa por encima de los mecanismos de tutela democrática que en principio vendrían a regular la violencia ejecutada por el Estado.

Vistas las experiencias recientes, se podría advertir que esta «guerra preventiva permanente» se encuentra en plena expansión. La «lógica contrainsurgente» vuelve ahora su mirada letal hacia los centros de poder de Occidente, aquejados de una desigualdad social en aumento que ya está generando resistencia en amplias capas de la población. Con el dinamismo de un libro de desplegables, las ciudades occidentales tienden a reproducir con cada vez mayor frecuencia las escenas propias de una ocupación militar: zonas «excluidas de desorden», como la famosa Zona Verde de Bagdad, en las que se prohíbe manifestarse (o incluso la suspensión del derecho como tal al imponerse un «toque de queda político» como los de Grecia durante las visitas de la Troika), policías patrullando junto a militares, *checkpoints* de control, cuerpos de seguridad altamente militarizados, elevadas condenas por haber actuado en el marco de una «emergencia permanente»... que remiten a la ocupación del mismo Iraq por parte del ejército estadounidense. Los procedimientos que se están llevando a cabo en Pakistán son el equivalente, en la periferia del mundo, tanto de las «cacerías

sociales» —cada vez más frecuentes— en París, Londres o Copenhague como de los asesinatos a manos de la policía en Ferguson o Baltimore (donde se llegaron a usar aviones espía del FBI para combatir las manifestaciones de protesta contra el asesinato del afroamericano Freddie Gray). Y es que pese a la distancia geográfica, el increíble grado de interconexión existente hace que cada misil que impacta en Pakistán, Yemen o Somalia signifique también para nosotros una reconfiguración progresiva, quizá poco perceptible pero no por ello menos real, de los mecanismos de poder hegemónicos.

Los mecanismos de control (que han ido colonizado silenciosamente las grandes capitales del imperio, ya sea bajo la forma de cámaras de videovigilancia, biometría o identificación electrónica) transgreden entonces la lógica de la mera inspección, del *targeting* (lo que entendemos como «rastreo», supervisión e identificación de los sujetos que circulan dentro del rango de acción del dispositivo, cuente éste o no con algoritmos basados en patrones de comportamiento o rasgos personales) para adoptar igualmente la lógica de guerra como tal, sin que haya matices reseñables en el proceso. En su «Post-scriptum sobre las sociedades de control», Gilles Deleuze ya hablaba de estas figuras como marcadamente

«deformables y transformables»,[11] una condición de maleabilidad que facilita mucho la aplicación de modelos sociales geográficamente distantes, lo que en las condiciones actuales equivale a la exportación de las arquitecturas de represión desarrolladas con meticulosidad en los laboratorios militares del imperialismo global (el caso de Israel es mundialmente conocido).

Con el dron, dar el paso de «detectar» a «disparar» es además un procedimiento especialmente sencillo. *El dron es lo que inevitablemente surge tras añadirle a un* software *de rastreo un comando que sirva también para disparar misiles*. No es más que un estilete peligrosamente afilado, capaz de surcar los cielos del mundo entero cuando va a la caza de su objetivo. En ese sentido, no tiene misterio alguno. Por eso es tan importante su estudio como *weltgeist* —«espíritu del mundo»— y tan poco como arma; insistir en presentarlo desde sus funciones estrictamente marciales —capacidad de carga, autonomía de vuelo, «efectividad» de los algoritmos del *software* a la hora de identificar...— llega a convertirse en un obstáculo para observarlo como lo que es en primera instancia: el producto material de un militarismo obsesionado por detectar socialmente a un enemigo «Otro»,

---

11. Deleuze, *ob. cit.*

encomendándose al fetiche tecnológico. Recordemos: antes que *ensamblaje de tecnologías*, el dron es un *ensamblaje de relaciones de poder*. Por eso el necesario acto de cuestionarlo debe hacerse siempre supeditando cualquier posible crítica al cuestionamiento de las relaciones de poder que secretamente lo manejan, *ver más allá de la simple carcasa.* De lo contrario, no solamente no se vislumbra el sistema de dominio que se esconde detrás, sino que además se acepta inconscientemente el punto de vista del militarismo (o, incluso peor, se vuelve al siglo XIX para «percibir» un demonio maquínico que supuestamente guía las acciones del dron, como si las funciones sociales que desempeña fueran lo de menos).

Pero, ¿cómo sensibilizar a la opinión general acerca de los peligros de un arma pensada precisamente para ser socialmente invisible? Apenas sabemos con certeza el número de muertos de que son responsables los drones (el caso de Afganistán, «el país más duramente bombardeado por los drones [...] [con] más de 1000 impactos producidos por drones comandados por el Reino Unido y por Estados Unidos»,[12] demuestra que difícilmente nos podemos hacer a la idea del papel real que ya están ejerciendo los drones en la fase actual de la guerra

12. A. Ross, J. Serle y T. Wills: *Tracking drone strikes in Afghanistan: A scoping study*, Remote Control Project, 2014.

imperialista). Así, la pregunta actual es: ¿cómo dar cuenta de esta *sombra acechante*? Esta tarea se presenta para nada fácil, puesto que las campañas militares con drones están comunicativamente planteadas para desconectar a la opinión pública de la violencia que se ejerce en su nombre. A lo largo del ensayo se ha descrito el grado de alejamiento —tanto geográfico como sensible— del espectador occidental en lo que se ha llamado la «guerra cortocircuitada», de modo que en primer lugar parece obvia la necesidad de una estrategia política centrada en subvertir el simulacro instaurado en los centros de poder imperiales, que se esfuerce por mostrar lo que se nos quiere ocultar al otro lado de la fortaleza.

¿Cómo hacerlo? Primero revinculando a los drones con la ofensiva global del imperialismo, tratar de extraer del conjunto de las masacres una agenda de gobierno oculta, estructurada en torno a los intereses económicos y geoestratégicos de Occidente. No nos queda otra que trabajar políticamente para asociar a los estiletes con sus beligerantes acuñadores, *volver a politizar lo que nunca dejó de ser violencia política*. Si bien es cierto que a estas alturas del texto ya no resulta necesario incidir en que la cuestión del imperialismo no se reduce al dron como tal, también lo es que la creación de un núcleo de resistencia social frente a la paulatina militarización de las sociedades occidentales pasa

inevitablemente por su radical cuestionamiento como forma arquetípica del dominio militar histórico, como dispositivo que conforma la vanguardia tecnológica de la estrategia imperialista mundial.

Pararse a analizar las «unidades mínimas» que ejercen como puntales de la moderna guerra contra el terror —drones, programas de espionaje masivo en Internet, prácticas contrainsurgentes...— puede resultar especialmente útil para volver a dotar de materialidad a su enjuto cuerpo, que gusta de presentarse como abstracto para esquivar el juicio político. El proceso de politización consciente comienza en este caso no con vagas referencias a la «guerra global», sino como lo hizo Marx en su momento respecto a la mercancía, arrojando la mirada más mordaz hacia la unidad básica, *material*, que acaba conformando toda la superestructura política que resta por encima suyo. En nuestro caso particular, la mejor analogía es la realización de un trabajo forense; identificando cuidadosamente las costillas —o «mecanismos de poder»— que conjuntamente acaban por articular el *esqueleto social* de la guerra imperialista es como puede hacerse visible su rostro de muerte. No obstante, la tarea no debe conformarse con «desmontar» individualmente los engranajes del terror, sino que debe estar supeditada a la búsqueda de un horizonte común que los asocie a una misma ofensiva histórica, la cual

no es otra que la conquista imperial. Politizar el dron, politizar PRISM —programa de espionaje masivo—, politizar Baladia —sobrenombre de la ciudad de cartón-piedra en la que Israel entrena a sus tropas en combate urbano—: todo remite a la misma necesidad de impugnar la guerra imperialista haciéndola descender de su mundo de deliberada indeterminación, en el que toda violencia real pareciera *desvanecerse en el aire*.

Dar unas coordenadas políticas a la violencia dron es, además, la mejor forma para refutar los argumentos que atribuyen a su violencia un carácter «humanitario». Desde su aparente rechazo a la guerra, éstos son la punta de lanza de su normalización en los ámbitos jurídico, político y social. Los drones supondrán también una amenaza en estos términos, cuando sean utilizados como portadores de guerras «justas» o «humanitarias», que cumplan con los cánones de la legislación internacional: en estrecha alianza con los defensores del humanitarismo, las aeronaves tripuladas remotamente habrán convertido en aceptable, finalmente, algo tan criminal como son los asesinatos selectivos a cargo del Estado, sin que nadie se inquiete por ello. «Aquellos que protestan en nombre de la ley deben, a pesar de todo, recordar que la LIH (ley internacional humanitaria) no aspira a acabar con las guerras, sino a “regular” y “moldear” la manera en que las libran los

ejércitos»,[13] recuerda Eyal Weizman. O lo que es lo mismo, se trata de una figura jurídica especialmente peligrosa de invocar puesto que, pese a su supuesta preocupación por los damnificados en los conflictos armados, presupone en todo momento la pervivencia de la guerra.

Los ejércitos modernos son cada vez más conscientes de que, aceptando las regulaciones de la LIH, sus guerras serán vistas con menor reticencia social («la moderación de la violencia forma parte de la misma lógica de la violencia»).[14] El revestimiento humanitario de la violencia militar actualmente ejerce de válvula social que paradójicamente contribuye a que se siga ejerciendo (puesto que ya no hay «oposición política a la guerra» sino solamente «grados» de violencia que negociar bajo el paraguas de la LIH). La razón principal de la popularidad en ascenso de los drones después de la crispación social generada por los conflictos de Afganistán e Iraq (expresada en movilizaciones masivas de rechazo a las intervenciones) responde a la necesidad del Estado de seguir llevando a cabo violencia política simulando ahora cierta «contención» y respeto por ciertos márgenes. De este modo, la LIH se convierte en un perverso instrumento de

---

13. Weizman, *The Least of All*..., *ob. cit.*
14. *Ibíd.*

legitimación política de la violencia imperialista, que los drones se encargan de afilar al permitir ataques metódicamente «calibrados», «ajustados a los imperativos internacionales».

«Moderando la violencia que perpetran, los ejércitos occidentales tienden a creer que podrán gobernar a las poblaciones de manera más eficiente, y finalmente ganarse el apoyo social del que han carecido desde la emergencia malaya y la guerra del Vietnam»:[15] el engañoso rito social que ha acabado atribuyendo a los drones la condición de «armas humanitarias», que supuestamente «restringen» la violencia militar, es el primer elemento con el que deberá enfrentarse una futurible crítica del dron. No es que estos aparatos «limiten» la violencia ejercida, más bien al contrario; lo que hacen es disponer las condiciones para que ésta pueda continuar practicándose internacionalmente gracias a la tolerancia social de la que son objeto, que es lo que los vuelve realmente peligrosos. El dron nunca ha sido un arma de paz, sino de guerra imperialista: nuestra tarea consiste en presentarla al mundo como tal. En ello nos va el futuro.

15. *Ibíd.*

Impreso en agosto de 2015
en Imprenta Luna (Bilbao)
944 167 518
luna@imprentaluna.es